

TUS OJOS COLOR CANELA

TUS OJOS COLOR CANELA

Pablo Alejandro Gatti

© Pablo Alejandro Gatti, 2021

© De esta edición: Pablo Alejandro Gatti

ISBN 978-987-88-1054-6

Diseño de cubierta: Pablo Alejandro Gatti

Diseño de Interiores: Pablo Alejandro Gatti

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Impreso en la Argentina. Printed in Argentina

Segunda edición: agosto de 2021

Este libro se terminó de imprimir en PuntoAparte (de Rodrigo Quiroga)

Benito Quinquela Martín 1273 (C1167AFG) CABA, en agosto de 2021

Gatti, Pablo Alejandro

Tus ojos color canela / Pablo Alejandro Gatti. - 2a ed revisada. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Pablo Alejandro Gatti, 2021.
500 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-88-1054-6

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímica, electrónico, magnético, electroóptico, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito del editor.

© Pablo Alejandro Gatti, 2021

Esta novela está dedicada a aquellas personas que nunca perdieron la capacidad de soñar, y a mi esposa e hijos, a quienes amo profundamente y que gracias a ellos he podido formar lo máspreciado que puede poseer un ser humano, "Una Familia".

Pablo Alejandro Gatti

I

INICIO

Lunes 1° de Marzo de 2004, el profesor y científico matemático Dr. Alexander Nietsser emprende un viaje desde su país natal Liechtenstein junto con su mujer Cristine Lorenz y sus dos hijos Johann y Georgina desde Zúrich a Nueva York.

Para Alexander este sería un día muy especial, pues la comunidad científica iba a escuchar por primera vez su propia teoría sobre el sentido numérico.

Una comitiva compuesta por su chofer Gerard y su personal de seguridad Markus además de su esposa e hijos, estaban acompañando al científico después de un vuelo de más de once horas, lo cual significaba entre ambas ciudades una distancia de aproximadamente seis mil cuatrocientos kilómetros, previo recorrido de ciento treinta kilómetros desde Liechtenstein al aeropuerto de Zúrich, por vía terrestre.

Para Alexander esta sería una prueba de fuego, dado que la no aceptación de la comunidad científica, echaría por tierra muchos años de esfuerzo y dedica-

ción. No así para su mujer e hijos pues para ellos significaba poder viajar y conocer otro país distinto.

Alexander había nacido en Liechtenstein, un pequeño país ubicado en el centro de Europa entre Suiza y Austria ⁽¹⁾.

⁽¹⁾ *Liechtenstein es el último principado independiente de la monarquía austrohúngara con solo ciento sesenta kilómetros cuadrados de superficie, con características de ser un país casi de cuento, cuyo origen fue el principado de Liechtenstein, nombre que adoptó de la familia más rica de la región.*

Con solo treinta y siete mil habitantes, Liechtenstein tiene una capital llamada Vaduz cuya población aproximada es de seis mil habitantes, siendo su idioma oficial el alemán y su religión el catolicismo.

Su gobierno es una monarquía constitucional además de ser uno de los países más ricos del mundo, en que la familia reinante ostenta una fortuna incalculable.

A pesar de ser uno de los países más pequeños del planeta, sin acceso al mar, posee una fuerte unión económica con Suiza.

Su nivel de industrialización a pesar de sus recursos limitados ha hecho del principado de Liechtenstein una economía próspera, libre de mercado, con un sector de servicios financieros que sumado a los bajos impuestos en los negocios, más la protección que poseen los bancos de no estar obligados a informar a las autoridades de quienes son los titulares de sus cuentas, convirtieron a este pequeño país en un paraíso fiscal.

Martes 2 de marzo de 2004
Hotel Barritz – Nueva York

Alojados en un Penthouse en el piso 22 con vista a la ciudad, contaba con tres habitaciones, dos baños y un salón.

La elegancia y distinción del lugar tenía además varias antigüedades, cortinas bordadas con hilos dorados, cojines de seda, cuadros de pintores contemporáneos y pisos revestidos en mármol, que hacían de este un sitio único.

En el Penthouse estaba alojada la familia y en otra habitación del mismo hotel, se encontraban el chofer y la custodia personal.

—Cris... ¿sabés dónde dejé la corbata?

—No sé, pero fijate si está junto con la camisa.

—¿Puede ser que sea tan desorientado con la ropa?

De repente aparece Georgina su hija.

—Pa, Pa, ¿te gusta cómo me veo? estoy estrenando ropa que me regaló Mamá.

Mientras se lo decía al Padre, Georgina se miraba de reojo en un espejo muy grande que estaba apoyado en la pared.

—Georgina no lo molestes a tu Padre que tiene que cambiarse.

Alex, mira a los ojos a Georgina y con la mano debajo del mentón le dice:

—“Tu belleza es tan inmensa que el universo se puso celoso”.

—No le creas... a Mamá le dice eso y otras tantas boberías, —comenta Johann que escuchaba desde su habitación.

Desde el baño en suite se escucha el murmullo de Cris hablando por su teléfono móvil.

—“No... no... te digo que no, te llamo en otro momento, ahora no puedo”.

Mientras tanto Alex, se ponía y se sacaba la corbata, tratando de hacerse un buen nudo, pero lo único que lograba era arrugarla cada vez más.

—A ver, déjame que te ayudo.

Le dice Cris haciendo un gesto de resignación.

—Vos sabés que lo mío, no son las manualidades.

—Sí ya sé, lo tuyo son los números.

—No lo digas así que suena frío.

—Bueno, no sé si es frío o no, pero ¿qué tienen de romántico los números?

Él acerca su cara al cuello de Cris tiernamente, y le susurra:

—Humm... que exquisita fragancia se huele en tu aterciopelada piel.

—¡Alex! es el perfume que me regalaste.

—No te muevas así te termino de hacer el nudo.

—¿Con quién hablabas?

—Con una de mis amigas, quería saber cómo habíamos llegado, cómo era el hotel y la ciudad. Bueno Alex... son conversaciones de mujeres, nada más.

Suena el teléfono de la recepción del Penthouse y Alex atiende.

—Hola... Señor Alexander, habla Gerard.

—Sí, dime.

—Tenemos que revisar el itinerario y cronograma completo de la estadía en Nueva York. Como es una ciudad que no conocemos, necesitamos calcular los tiempos de traslado y cuáles son las vías más rápidas y seguras.

—Gerard, me parece correcto, pues dista mucho de ser como nuestro apacible país.

—Sí, Señor.

—¿Markus, está contigo?

—Sí.

—Dile que se ponga al tanto de todo lo que concierne al tema seguridad.

—Sí Señor, ya está trabajando en esto.

—Bueno, no te olvides que hoy es el ágape, por la recepción de bienvenida.

—Señor, a las catorce horas estaremos en el lobby del Hotel con Markus.

—Entonces, nos vemos allí.

Ya vestido, Alexander se dirige al Hall del Hotel.

—Disculpe, buenas tardes, soy el Señor Alexander Nietsser, de la habitación número 1204, quería saber si he recibido alguna correspondencia.

—Un minuto que enseguida le informo.

La recepcionista mientras realizaba la búsqueda atiende el teléfono.

—Hotel Barritz, buenas tardes, ¿en qué puedo servirle? un segundo que lo comunico.

Alexander mientras esperaba ser atendido, se apoyaba sobre el mostrador de la recepción, mirando azorado el incesante movimiento de gente entrando y saliendo del Hotel. Desde ya todo esto contrastaba mucho con la tranquilidad de su ciudad.

—Señor Nietsser.

—Si dígame.

—He recibido este sobre abierto con credenciales y esta correspondencia.

—Bueno muchas gracias. ¿Disculpe, cuál es la franja horaria para el desayuno?

—De 7:00hs hasta las 11:00hs.

—Gracias nuevamente.

Mientras se retiraba y se dirigía hacia la habitación, la recepcionista lo llama:

—Señor Nietsser, por favor acérquese, tengo algo más que transmitirle.

—Sí.

—Alguien vino preguntando si usted se encontraba alojado en el Hotel. Pero al momento de solicitarle su

nombre con el fin de dejarlo registrado, se fue apresuradamente.

Alexander mira a la joven a los ojos intentando descifrar quien podría ser, y susurra:

—Qué extraño...

Mientras tanto en el Penthouse, Georgina acumulaba cada vez más ropa arriba de su cama, ya se había probado casi todo lo que había traído, y mirándose al espejo no se convencía de qué era lo que mejor le quedaba.

—Georgina ¿ya estás arreglada? —dice la madre desde uno de los baños.

—Madre, no sé qué ponerme, y además estoy viendo que algunos zapatos no me combinan con la ropa que me traje.

—Georgina, cuando tu padre se reúna con el chofer y el custodio, nosotras nos vamos al shopping, después veremos qué hacemos con el exceso de equipaje cuando regresemos a Liechtenstein.

Desde la habitación contigua, Johann que escuchaba a su Madre y su hermana, se acerca para decirles:

—Ustedes dos van al Shopping y a mí no me tienen en consideración.

Georgina se le acerca a Johann y casi increpándolo le dice:

—¡Son cosas de mujeres! Y no creo que te atraiga estar observando ropa femenina ¿o sí?

—Si esa es tu respuesta, entonces se lo comento a Papá... o mejor me voy con él.

—Pueden dejar de discutir, que les ocurre a ambos, parecen dos niños inmaduros.

—Johann, sería mejor que le hagas compañía a tu Padre ¿no te parece?

—Sí, pensándolo mejor, podríamos comprar algo de electrónica.

Entonces se escucha abrir la puerta principal. Era Alexander.

—Cris, estuve recorriendo el Hotel, y es realmente imponente.

—Alex, disculpa que te interrumpa, pero vamos a ausentarnos con Georgina unas horas para pasear y visitar algún Shopping y negocios de ropa.

—Cris, antes de que se vayan, necesito primero reunirme con Gerard y Markus, para que puedan acompañarlas y así coordinar la salida. Y por favor solo hablen en inglés. Y, por último. ¿A qué hora tienen programado regresar y a qué Shopping piensan ir?

—Le preguntaremos a la recepción, y quédate tranquilo, que vendremos con el tiempo suficiente para cambiarnos y arreglarnos.

—Vos, Johann. ¿Qué vas a hacer?

—Padre, me quedaré escuchando música en la habitación, pero si en algún momento tienes tiempo, me gustaría recorrer alguna de las tiendas de electrónica con vos.

—Me parece muy buena idea, pero no ahora.

Alexander se dirige a la sala donde se encontraba un pequeño escritorio de madera. Se sienta y saca unos apuntes de su carpeta y el borrador del discurso, y se dispone a armar la presentación de su tesis.

Leyendo la documentación, fija la mirada en un párrafo, "...una escala de tiempo puede expresarse en números, pero ese tiempo no expresa nada, si no tiene un contenido".

Baja la mirada, y por un instante se abstrae del entorno. Esa frase había actuado en él como un disparador. Levanta la mirada y sus ojos se fijan en un punto y su mente lentamente se sumerge en el pasado. "...escala de tiempo", ...sí tiempo, cuánto tiempo había

trascorrido. Frente a él las imágenes se sucedían una tras otra. Empiezan a aparecer los recuerdos y ve a sus hijos en el jardín de la casa, jugando sobre el césped con las montañas como paisaje de fondo y los picos nevados.

En un momento parece volver, oler el perfume de las flores del campo, y recuerda cuando la brisa producía una sensación de caricia sobre su piel.

Sí, el tiempo había trascorrido mucho más rápido de lo que él hubiese deseado.

Entonces baja la mirada, observa sus manos sosteniendo los apuntes, su cara proyecta un gesto de resignación y como si le estuviese respondiendo a su mente, se dice: *"...sí, el tiempo ha pasado, pero no fue en vano, ese tiempo que ha trascorrido tuvo un contenido, y ese, fue mi familia"*.

Era tal el estado de concentración, que no había percibido que Johann se encontraba parado y apoyado en el marco de la puerta, observándolo.

—*Pa... Pa... Papá. ¿Te encuentras bien?*

Alexander sentado gira su cuerpo para contestarle a Johann.

—*Sí hijo, solo estaba pensando en qué grandes que están vos y tu hermana.*

A veces pienso que no tomamos conciencia de lo rápido que transcurre el tiempo, aunque si uno se detiene a pensar, el tiempo no es el problema, el problema somos nosotros que no disfrutamos aquellas cosas que son importantes en la vida.

Alexander se para, luego se acerca y lo abraza fuertemente, y con una mano sobre el hombro le dice:

—*Te quiero mucho hijo.*

—*Yo también Papá.*

Alex le palmea suavemente la cabeza a Johann.

—*Vamos, salgamos a pasear, así conocemos un poco la ciudad.*

—Johann... le avisas a Markus y a Gerard que deben acompañar a tu madre y a tu hermana.

Cuando estemos en la recepción del Hotel le pedimos que nos den folletos y nos informen cuáles son los lugares más importantes para conocer.

—Sí Padre.

Vaduz, Capital de Liechtenstein 3 días antes del arribo a Nueva York

Los Nietsser, vivían en una casa de dos plantas, muy amplia, construida de piedra y material, con techos de tejas rojas, con muchos ventanales de madera y canteros adornados con todo tipo de plantas con flores.

Tenían una hermosa vista a la ladera de las montañas, siempre cubierta por una frondosa vegetación.

La casa estaba situada sobre una calle angosta y empinada, pavimentada de pequeños adoquines de color rojo y gris y unas farolas sobre las pequeñas veredas, que configuraban la imagen perfecta de un pueblo alpino. ⁽²⁾

⁽²⁾ *Liechtenstein es un pueblo amable y muy identificado con sus costumbres.*

Intercalado entre Austria y Suiza, el pequeño Liechtenstein tiene la deuda externa más baja del mundo. Es el único país que tiene prácticamente el doble de empresas que la de sus habitantes. Los habitantes de Liechtenstein llaman a su capital la pequeña ciudad de un pequeño país.

Entre julio y agosto que es la estación estival con un clima ligeramente cálido y nublado, los niños juegan en el "Malbun Rasselbande" al cuidado de una cariñosa tutora, así los padres tienen tiempo para practicar ciclismo, tenis, tiro con arco o senderismo.

En la época invernal las pistas de esquí rodean el pequeño paraíso de Triesenberg—Malbun. Gracias a su ubicación a mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, esta estación de esquí siempre tiene nieve. Alexander, se jactaba de vivir en un país que poseía una de las más preciadas colecciones de arte moderno. La colección privada de los príncipes de Liechtenstein, era famosa por ostentar obras de Rembrandt, Rubens y Van Dyck.

Era una familia muy católica y orgullosa de vivir en un país ordenado y próspero, con un alto nivel cultural y alfabetismo.

Él, era hijo único cuyo padre era alemán y madre italiana. Cristine en cambio era la única hija de padres austriacos.

Tanto Alexander como Cristine se desempeñaban como profesores en una misma facultad. Él en ciencias exactas, y ella en historia contemporánea. Georgina, en cambio estaba terminando la escuela y Johann el tramo final de la facultad.

El aspecto longilíneo de Alexander, con un metro noventa de altura, tez blanca, ojos azules, cabello rubio y un temperamento apacible, hacían de él una persona singular.

Había heredado el parecido físico de su padre, no así el de su madre. Esta era de baja estatura, ojos castaños y cabello ondulado, que la asemejaban a las características de los habitantes de su pueblo natal "Bérgamo", ubicado en la región de Lombardía, al norte de Italia.

Cristine, era una mujer delgada y alta, de ojos y cabellos castaños con un carácter decididamente dominante.

Los Nietsser eran una familia muy ordenada. Cada integrante tenía perfectamente definido su rol dentro del seno familiar. Todo estaba meticulosamente programado.

En realidad, casi todo, excepto la habitación de Georgina en la que siempre reinaba el caos.

En el seno familiar se impartía una conducta verticalista, las decisiones eran tomadas en conjunto por los padres y nunca eran discutidas, más allá de que ambos escuchaban y acompañaban a sus hijos en las distintas etapas de la vida.

Alexander arrastraba una infancia traumática, lo que le ocasionaba por momentos ser muy retraído y tener dificultades para expresar sus sentimientos. Cristine en cambio era una persona muy cariñosa y comunicativa llevando siempre el rol conciliador en la pareja.

Viernes 27 de febrero de 2004
Casa de los Nietsser

Cuatro días antes de su arribo a Nueva York, la familia se aprestaba a realizar los preparativos para el viaje.

—*Chicos, está preparado el desayuno.*

—*Cris ¿te ayudo con algo?*

—*No gracias.* —Le contesta a Alex, mientras acomodaba las mermeladas en el desayunador.

—*Por favor apúrense, se nos hace tarde a tu Padre y a mí.*

Mientras ambos hermanos bajaban juntos por la escalera, Johann molestaba a su hermana despeinándola.

—*Basta Johann, no me molestes más. Pa, le decís que no sea fastidioso.*

—*Johann, compórtate como un adulto y deja tranquila a tu hermana.*

—*Chicos necesito conversar con Uds., pues debemos dejar resueltos algunos temas.*

El Padre los mira fijamente y con voz enérgica les dice:

—*¿Ambos han presentado los respectivos certificados en el colegio y la facultad?*

Casi al unísono contestan.

—*Sí Padre.*

—*Mañana nos dedicaremos a preparar las valijas. Ahora no tenemos más tiempo para seguir conversando.*

Cris, nos encontramos a la tarde acá en casa, aproximadamente a las dieciséis horas. ¿Te parece bien? Hoy tengo una reunión con las dos personas que nos van a acompañar en el viaje, el chofer y el custodio, que son los que nos asignaron. Así que espérame si llego unos minutos más tarde.

—¿Por qué te asignan un custodio? —le pregunta Johann a su padre.

—Hijo, nosotros vivimos en un país de alguna manera “especial”, no tenemos control fronterizo, no poseemos fuerzas armadas, y lo único que tenemos es un acuerdo con Suiza que es quien nos custodia, y nuestra policía no supera los 120 agentes, de los cuales algunos cumplen funciones administrativas.

En cambio, al país que vamos, la inseguridad se manifiesta de distinta manera y ello pone en riesgo las vidas humanas, es por eso que nos asignaron un custodio para cuidar de todos nosotros.

—Te escucho padre, pero me cuesta pensar que existe algo distinto a lo que conocemos.

—Johann, EEUU es un país muy grande, con muchos millones de habitantes y que ha recibido inmigraciones de muchos países del mundo, por lo que mantener el orden no debe ser nada fácil. En cambio, todo es más simple en nuestro país, cuando tienes un territorio con poca superficie y población. Y si le agregamos que es un país ordenado que administra muy bien sus recursos naturales con una población libre de analfabetismo. Entonces el resto viene solo por añadidura.

—¿Terminaron de hablar sandeces? así nos vamos —les dice Georgina a ambos.

—Cuando no, mi hermanita la celosa —le replica Johann.

—Blaaa, bla... bla... bla... no te escucho, no te escucho. —Mientras se tapaba las orejas con las manos.

—Basta a ambos, nos tenemos que ir —le dice Alexander, mientras terminaba de acondicionar distintos apuntes y notas que tenía que llevar a la facultad.

Cris, miraba desde la cocina la escena sin intervenir, mientras acomodaba la vajilla que había lavado.

Tanto Alexander como Cristine, se movilizaban en sus respectivos autos. Cris llevaba a sus hijos al colegio y la facultad respectivamente, y después recién se iba a trabajar.

Viernes 27 de febrero de 2004

9:35 hs

Alexander se encontraba dando su última cátedra hasta su regreso de los EEUU.

—*Buenos días alumnos* —saludaba mientras ingresaba apresuradamente con pasos largos para alcanzar el escritorio y así poder dejar sus apuntes.

—*Buenos días profesor*, —contesta el alumnado casi al unísono, mientras otros se acomodaban en sus pupitres.

—*Hoy no voy a dar ningún tema nuevo, ya que me voy a ausentar por dos semanas. Por lo que vamos a aprovechar para repasar temas anteriores o simplemente tener una charla libre de los temas que ustedes consideren.*

No haciéndose esperar, levanta la mano Anke, una alumna que a Alexander generalmente le ocasionaba un dolor de cabeza. Difícilmente se quedaba callada además de tener la capacidad de saber la vida de todo el alumnado y de tener una alta dosis de indiscreción, lo que generaba en reiteradas oportunidades, conflictos entre sus propios compañeros.

—*Disculpe profesor ¿Es cierto que viaja a Nueva York para exponer su tesis sobre "el sentido numérico"?*

De golpe el resto del alumnado gira el cuerpo enfocando la mirada en Anke, como tratándole de decirle, "*le tenías que preguntar*".

Alexander que percibe la tensión, le contesta mirando a todos.

—*Sí, viajo porque voy a exponer en un congreso mi tesis, además me acompaña mi familia, y de paso aprovechamos para tomarnos unos días de vacaciones.*

Anke, como si fuera una carrera contra el tiempo, sigue preguntándole.

—Y si no es indiscreción profesor... ¿Piensa traerse muchas cosas? Digo... porque uno aprovecha estos viajes para comprarse generalmente de todo, bueno en realidad depende, porque las mujeres preferimos cosas distintas a los hombres, aunque tampoco es tan así... porque en el caso de los teléfonos, las mujeres y los hombres nos podemos pelear por lo mismo.

Alexander, observa con asombro lo verborrágica que era su alumna y siente que su rostro estaba ligeramente sonrojado.

Un compañero que estaba al lado de Anke, le propina un ligero puntapié a su calzado y con un gesto de enojo la mira fijo a los ojos produciendo un suave gruñido, dándole a entender su desaprobación a las preguntas que estaba realizando.

Después de unos segundos el profesor contesta:

—Bueno en realidad, esas cosas se las dejo a mi mujer y a mis hijos que probablemente van a saber qué comprar, pero lo importante es conocer un país que es una potencia en casi todas las disciplinas científicas, y que nosotros indudablemente tenemos mucho que aprender.

Mientras el profesor hablaba, Anke seguía murmurando en voz baja:

—“A mí, más que el tema potencia científica lo que me interesaría es traerme un avión lleno de ropa, calzados y perfumes, y que después me sienta culpable por el dinero que gasté”.

Tres compañeros que rodeaban a Anke, le dicen con voz enérgica.

—¡Basta, cállate de una vez!

Mientras tanto, Cristine se dirigía a la facultad a dar clases. Ya había dejado a sus hijos y faltando pocas cuadras para llegar a la facultad, suena su teléfono, detiene el automóvil y apaga el motor.

—*Hola... ¿Cómo estás...?*

—*Ahí, sobrellevándola como puedo... ¿Y vos cómo andás...?*

—*Acá, con todos los preparativos...*

—*Esto va a ser difícil para ambos...*

—*No lo es en mi caso, tal vez lo sea para vos...*

—*¿Me vas a extrañar...?*

—*Creí haber sido clara la última vez que nos vimos... discúlpame, pero te corto la comunicación porque veo venir a una amiga mía.*

—*No, espera...*

—*No, adiós...*

La amiga se acerca al automóvil, y Cristine considera prudente no arrancar el motor y bajar la ventanilla.

—*Hola Cristine. ¿Cómo estás, te pasó algo que estás detenida con el vehículo?*

—*No, solo sentí un ruido que provenía del motor y lo detuve preventivamente. Pero ya está, seguramente no es nada.*

—*Me enteré que viajan.*

—*Sí, estamos a pocos días de irnos.*

—*Me alegra mucho.*

—*Disculpa, pero se me hace tarde, nos vemos cuando regrese del viaje.*

—*Bueno, saludos para toda la familia.*

—*Gracias, e igualmente para la tuya.*

—*Nos vemos...*

Viernes 27 de febrero de 2004
16:18hs

Alexander, acababa de llegar de su trabajo, acomodaba sus apuntes sobre un pequeño dresuar ubicado en la entrada de la casa, donde también colgaba generalmente su abrigo.

—*Cris, Cris... ¿Ya regresaste...?* En voz alta llama a su mujer.

—*Sí, estoy arriba, ya bajo, me estoy terminando de cambiar.*

Unos minutos más tarde desciende por la escalera para encontrarse con su esposo.

—*¿Cómo te fue hoy con tus alumnos?* —le pregunta Cristine.

—*Bien, nada para destacar, fue una clase más.*

—*¿Y vos?*

—*Sí, también bien, tal vez un poco angustiada, pues no se había presentado aún mi reemplazante de cátedra.*

—*Y ¿cómo van a hacer?*

—*No sé, pero seguramente lo van a resolver.*

—*¿Quieres ver los últimos detalles del viaje? y de paso repasamos el borrador que hicimos, donde tenemos ítem por ítem lo que debemos llevar.*

—*Bueno dale, si eso te da más seguridad y tranquilidad, lo hacemos, total ya estoy acostumbrada a transitar con vos estos momentos donde aflora tu personalidad obsesiva.*

—*¿No te parece una mirada hacia mi persona, un poco crítica...?*

Alex, saca unas hojas donde tenía meticulosamente anotado todo por rubro, y empieza a leerle a Cris, punto por punto.

Después de leer quince renglones seguidos y viendo que no tenía ningún comentario de la mujer, Alex

levanta la vista, mira a Cris a los ojos, y ve que ella estaba con la mirada totalmente perdida.

—*Cris, Cris... ¿Me estás escuchando, te pasa algo...?* —mientras Alexander apoyaba su mano sobre el hombro.

—*Disculpa, estaba ida.*

—*¿Te sucede algo?*

—*No, solo estaba pensativa.*

—*¿Y se puede saber en qué parte del universo estaba tu mente?*

—*Alex, nada que merezca ser hablado ahora.*

—*Bueno, pero tampoco debe ser menor, para haberte desconectado de esa manera.*

—*Solo un poco de nostalgia, nada más.*

—*¿Seguimos o paramos y lo terminamos de ver en otro momento?*

—*No, sigamos y terminemos antes que lleguen los chicos.*

—*¿Te sirvo un té?*

—*Bueno, gracias.*

Mientras tanto Georgina estaba reunida en la casa de una de sus amigas a unas pocas cuerdas de la suya.

—*Ay, Georgina dinos algo del viaje.*

—*Chicas, que les puedo describir.*

—*Dale ¿Coméntanos qué lugares vas a conocer?*

—*En realidad casi no nos vamos a mover de Nueva York, pero eso sí, conoceremos museos, galerías de arte, los distintos barrios con sus colectividades, y desde ya todos los shoppings que estén al alcance en el tiempo que estemos en la ciudad.*

—*Hasta acá está bueno, pero me parece que te falta algo.*

—*¿Sí? ¿qué?*

—No sé, tal vez conocer algún muchacho, por ahí se te cruza un príncipe azul.

—Ahaaa... claro, seguramente... y si me gusta ¿qué hago? lo guardo en una valija y me lo traigo a Liechtenstein.

—Tampoco hay que dramatizar, puedes tener una aventura, y por supuesto después nosotras estaríamos dispuestas a escucharte atentamente.

—Va a ser muy difícil, no creo que me pueda deshacer tan fácilmente de mis padres, y menos del policía de mi hermano que se encarga de ahuyentar a todo chico que se me acerca.

—Decime ¿tu hermanito no tiene vida propia?

—No sé... porque se encarga de no contarme nada sobre las salidas con sus amigos. No tengo ni idea si está saliendo con una chica.

—Eso es porque te trata como la hermanita menor, y vos no se lo tienes que permitir.

—Lo que pasa es que para mi hermano y mi padre yo todavía sigo siendo una nena, y sus pensamientos sobre la mujer son muy machistas. Están convencidos de que hay un tiempo para todo, y que el tiempo para que yo conozca un hombre, no llegó.

—Ay... que retrógrados... yo que vos un día me pongo detrás de la puerta de la entrada de tu casa con un muchacho de la mano y toco el timbre.

—Sí, seguramente si hago eso, va y busca la pistola Luger que usaba mi abuelo y lo saca a tiros.

—¿Así de terrible es él?

—En realidad no estoy segura, pero por las dudas no lo intento.

—Chicas muy interesante la reunión, pero se me hizo tarde, si me disculpan me voy.

—¿Nos volvemos a ver...? —pregunta una de las amigas.

—No, ya no me queda tiempo, pero para cuando vuelva les prometo que nos reunimos y les cuento todo sobre el viaje, y de paso les traigo algún regalito.

—Bueno nos vemos y cuídate mucho.

Todas se unen en un fuerte abrazo, y luego se va rápidamente de la casa.

Sábado 28 de febrero de 2004

La familia se encontraba realizando los preparativos para el viaje. Cada integrante se encargaba de seleccionar lo que iba a llevar.

Desde ya había un límite por el cual nadie se podía exceder y ese era de una valija y un bolso por persona.

—Cris, ¿Cómo vas con tu valija?

—No es fácil Alex, no me decido qué es mejor llevar, tengo que ver qué temperatura va a hacer para ver qué tipo de ropa voy a guardar, más allá de la ropa para los eventos.

—El pronóstico prolongado según un portal meteorológico, dice que la temperatura va a oscilar entre los veintiún grados y los tres grados bajo cero, por lo cual habrá que llevar vestimenta y calzado para esas temperaturas.

—¿Y vos Alex?

—Lo mío es fácil, camisas, pantalones, medias, ropa interior, y dos trajes, ah... y algo de abrigo.

Desde la habitación de Alex se sentían golpes que provenían del pasillo. Sale de la habitación y caminando lentamente, va tratando de identificar de dónde venían.

Al llegar a la habitación de Georgina la encuentra saltando encima de la valija.

—Georgina... ¡Que estás haciendo por favor!

La hija que tenía toda la cara sonrojada, le contesta a su padre.

—Pa, es que no logro cerrar la valija, y lo que estoy haciendo es aplastar un poco la ropa a ver si así puedo cerrarla.

—Hija ¿no será que has puesto demasiada ropa? además si seguís saltando arriba de la valija, la vas a terminar rompiendo.

—Padre, es que menos no puedo llevar, y ya la armé y la desarmé muchas veces, sacando y poniendo, y termino siempre igual, que no cierra.

Entonces Alex frunce el ceño, se agarra la cabeza diciendo "no puede ser", y se retira ofuscado hablando bajito, "esto me supera..."

En ese momento Johann estaba escuchando música en su habitación cuando ingresa su hermana.

—Discúlpame hermanito. ¿Ya terminaste de guardar tus cosas?

—Sí, Georgina. ¿Por qué?

—No, solo quería ver cómo te había quedado.

—¿Y cómo me va a quedar? solo fue introducir la ropa y demás cosas en una valija.

—Ay... que prolijo que sos, muy bien, cómo te envidio. ¿Y ese bolso, no lo necesitas?

—No Georgina, no me hizo falta.

—¿Vos serías tan bueno en prestármelo?

—Sí, llévatelo.

Sin dudarle un segundo, Georgina toma el bolso, y antes que los padres se percaten de la maniobra que había realizado, sale con el bolso escondido entre la ropa.

Ahora sí había logrado resolver su problema de espacio.

Domingo 29 de febrero de 2004
Aeropuerto de Zúrich – Kloten 21:15hs

Después de viajar una hora cuarenta y cinco minutos, y de recorrer ciento treinta kilómetros entre Liechtenstein y el aeropuerto de Zúrich, la familia Nietsser se aprestaba a realizar el check in, con destino a Nueva York.

En otro vehículo venían el chofer y el custodio, que también viajaban en el mismo vuelo.

Si bien el viaje había sido relativamente corto, el cansancio era visible en los rostros de los integrantes de la familia.

—¿Revisaron si no se olvidaron algo? ¿quién tiene la lista que hice de lo que debíamos traer?

Le pregunta el padre al resto del grupo familiar.

Cristine, que tenía a Alex al lado de ella, lo mira de reojo y le dice.

—¿Dime Alex, si nos damos cuenta ahora de que nos olvidamos algo, que podríamos hacer?

—Bueno, en realidad creo que nada.

—Y entonces, ¿qué sentido tiene revisar lo que trajimos? ¿Johann, tienes vos la lista?

—Sí madre.

—Pues dámela. Cristine toma las hojas, las rompe y las tira al cesto.

—¿Por qué la rompiste? —le dice Alex a su mujer.

—Ya está, ahora sí, no nos olvidamos nada.

Tanto Georgina como Johann, comienzan a reírse por lo sucedido.

—La verdad, no sé qué le encuentran de chistoso a esto, —dice el padre.

Mientras la familia avanzaba en una cola interminable para presentar la documentación del vuelo, Alex ve a Georgina que además de la valija que llevaba, arrastraba también dos bolsos.

—Johann, podrías ser más cortés con tu hermana, ella también te está llevando tu bolso de viaje.

—No padre, ella está llevando sus bolsos.

Cuando la madre escucha esto estando de espalda, se gira y acercándose a Georgina en voz baja le dice:

—¡Cómo dos bolsos! ¿Le sacaste el bolso a tu hermano?

—Nooo... Mamá, él gentilmente me lo dio. Lo que pasa es que no me entraba nada más en la valija.

—Esto no te lo voy a perdonar, por lo menos me hubieses dicho a mí, para ver si lo compartíamos, pues yo también tuve problemas de espacio.

Cuando Alex escucha esto los mira a todos y les dice:

—Me voy a tomar un té, cuando estén cerca del mostrador me avisan.

Mientras tanto Georgina lo increpa a su hermano para decirle:

—Ahora por no ser confidente, del lado de la ventanilla me siento yo.

—Ni lo pienses, la ventanilla es mía, porque soy tu hermano mayor.

—¡Basta a los dos, terminan de discutir... gracias!

En otra cola paralela se encontraban el chofer y el custodio haciendo el trámite de ingreso a la aeronave.

Martes 2 de marzo de 2004 (continuación)
Nueva York, Hotel Barritz 14:05 horas

Alexander se dirige a la recepción del Hotel para coordinar con Markus y Gerard, la estadía.

—¿Cómo están...? ¿Pudieron descansar?

—Sí... Señor.

—¿Están cómodos en la habitación que le asignaron?

—Sí Señor, estamos muy conformes.

—Bueno, la idea es que más allá de la función que deban cumplir, puedan también disfrutar del tiempo que estemos en Nueva York.

Alexander se dirige al chofer y le pregunta.

—Gerard ¿finalmente qué vehículo nos asignó la empresa Rentcar?

—Señor Nietsser, un Audi A4 B6 sedan.

—¿Y cómo es?

—Señor, es una máquina muy potente, tiene 190 caballos de fuerza. Es seguro y con un buen confort interior. También la empresa ofreció que, si hacía falta, podían ofrecer un segundo vehículo igual.

—Sí, seguramente lo necesitaremos cuando tengamos que salir toda la familia junta.

—¿Les parece apropiado que vayamos a una de las confiterías del Hotel? así vemos en detalle la organización de cada día.

—De acuerdo, como usted lo considere.

Ya sentados, se acerca un mozo.

—Buenas tardes, Señores ¿qué desean tomar?

—Yo un café —dice Markus.

—Yo también —dice Gerard.

—Y para mí un té.

—¿Tienen algún tipo de torta frutal?

—Sí señor, con frutillas y arándanos.

—*¿Les parece bien?* —Ambos hacen un gesto de aceptación.

—*Entonces traiga tres porciones.*

Alexander, empieza a sacar un montón de apuntes, con fechas, lugares y horarios. Markus y Gerard, se miran entre sí perplejos frente al nivel de minuciosidad con el cual estaba detallado cada día de la estadía.

—*Empecemos... esta noche está el ágape de bienvenida, necesitaría tener una lista completa de los invitados, en qué salón del hotel finalmente se va a realizar y a qué hora exacta...*

Trascurrida más de una hora de reunión, Alexander decide liberarlos.

—*Necesito que acompañen a mi mujer y a mi hija, que seguramente querrán hacer compras. Coordinen con ellas los lugares que quieran visitar.*

—*De acuerdo señor, así lo haremos.*

Una hora y media después, Cristine y Georgina, entraban y salían de cuanto negocio se les cruzaba a su paso, siempre acompañadas por Markus el custodio. Mientras tanto Gerard, adelantaba el vehículo en la medida que avanzaban en el recorrido de los negocios.

—*Maa... me duelen las manos ¿podemos parar en alguna confitería para descansar y tomar algo?*

—*Georgina, me parece una buena idea, a mí me duelen los pies, me tendría que haber traído un calzado más cómodo.*

Ambas se dirigen al vehículo, y le piden a Gerard que abra el baúl para empezar a introducir todos los paquetes y bolsas.

Ya en el interior, Cristine le dice:

—*Gerard, por favor busquemos un lugar para tomar algo.*

—Como usted diga, señora.

—¿Nos acompañan? —le dice Cristine.

—No, preferiríamos si no le molesta, esperarlas en el auto, porque no sabemos cuáles son los lugares permitidos para estacionar.

—Bueno, como ustedes lo consideren.

Ya sentadas en una confitería, Georgina se mira las manos y ve que se le habían formado marcas, que eran como pequeñas hendiduras, producto de sujetar las manijas de las bolsas. Comienza a mover los dedos para que vuelva a circularle la sangre, porque los tenía acalambrados.

En un momento determinado, madre e hija se miran entre sí.

—Me parece que se nos fue la mano con la cantidad de cosas que compramos. Nunca en mi vida saqué tantas veces las tarjetas de crédito como esta vez. Lo que pasa es que me gustaba todo lo que veía.

—¿Papá no se va a enojar?

—No sé Georgina, pero siento un poco de culpa, no tengo idea de lo que gasté. Encima me di cuenta de que no le compramos nada a tu padre ni tampoco a tu hermano.

—Entonces rápido vayamos a comprarles algo, así los ponemos contentos y pasa más desapercibida nuestra compra.

Se acerca el mozo a la mesa para tomarles el pedido.

—Buenas tardes, ¿qué les puedo servir?

—¿Tienen jugos de frutas?

—Sí tenemos. ¿De qué gusto quieren?

—Yo, de frutilla y naranja.

—¿Y usted señora?

—Solo de frutilla.

—Mamá, se me acaba de ocurrir una idea.

—*Compremos dos valijas nuevas, guardemos en cada una de ellas los regalos, sin los envoltorios. Después las llevamos al Hotel, y le pedimos que las guarden en el depósito y las retiramos el día que nos vamos.*

—*Sí, me parece una muy buena idea, pero dejemos algo afuera, porque no nos van a creer que le compramos a ellos y nada para nosotras.*

—*Excelente mamá, pero si papá por casualidad nos ve entrando al hotel, se acabó el plan que acabamos de pergeñar.*

—*A ver, déjame pensar, humm... ya sé, antes de llegar al hotel, le preguntamos dónde está, y de acuerdo con su respuesta, vemos qué resolvemos.*

También hay que avisarles a Markus y Gerard, que no deben hablar nada sobre esto.

—*Muy buena idea, que astutas que somos las mujeres, seguramente ni a papá ni a mi hermano se les hubiese ocurrido esto.*

—*Sí seguramente, pero tampoco creo que hubiesen comprado tanta cantidad de ropa, y menos aún haberla escondido. Esto no habla muy bien de nosotras.*

—*Mamá, vos te lo mereces por todo lo que hacés por nosotros.* Mientras se lo decía, la abrazaba y la besaba.

—*Bueno, tomemos los jugos, y vayamos a comprar lo que nos falta, así no se nos hace tan tarde.*

Después de haberle comprado los regalos a Alexander y a Johann, se dirigen a un negocio de venta de equipajes.

—*Buenas tardes, necesitamos dos valijas para poner estos regalos.*

El vendedor mira de reojo por encima del hombro a Cristine, y contempla asombrado la cantidad de paquetes y bolsas que sacaban del baúl del vehículo.

El vendedor les ofrece una gran mesa para que puedan apoyar los paquetes.

—Bueno a ver, díganme ustedes qué tipo de valija prefieren. Hay varios modelos de distintos tamaños y materiales.

—Mire, realmente lo que nos importa, es que sean grandes para que pueda entrar todo lo que compramos.

Mientras el vendedor iba sacando de los estantes los distintos modelos, observaba a ambas cómo con una velocidad admirable, retiraban los envoltorios, etiquetas, doblaban y apilaban la ropa y los calzados.

—Perdón, pero creo que estos son los modelos que mejor se adaptan a sus necesidades.

Entonces madre e hija se miran y con gesto de complacencia le dicen:

—Sí... las vemos cómodas.

En forma apresurada cada una toma una valija y empieza a guardar las prendas lo más compactadas posible, para aprovechar el espacio.

El vendedor se aparta tomando distancia y se dedica a mirar la escena.

Después de unos minutos, se la ve a Georgina sentada encima de su valija intentando cerrarla. A pesar de haber sacado algunas prendas para llevarla en la mano.

—Disculpe señorita, pero yo que usted no seguiría intentando cerrar de esa manera la valija, porque la va a terminar rompiendo.

—¿Qué les parece si llevan otra valija? así la ropa entrará con más comodidad.

La madre levanta la mirada y ve a Georgina con la cara sonrojada, se dirige al vendedor para contestarle:

—Sí, por lo que veo el señor tiene razón. Yo también estoy con el espacio justo. Así que aceptamos su sugerencia, por favor tráiganos otra igual.

—Si me permiten, la busco en el depósito y enseguida la traigo.

—Georgina, si me sentía con culpa antes, ahora me siento peor, ¡¡¡tres valijas!!! No sé dónde vamos a poner toda esta ropa cuando regresemos.

—Mamá la casa es grande, nos haría falta un vestidor para nosotras solas.

—¿Te parece Georgina?

—Sí maaaa...

Al rato, llegan a la puerta del hotel, y Markus y Gerard bajan las valijas mientras se acerca un empleado del hotel para colaborar:

—Me permiten por favor que las ayudo.

—Sí gracias —contesta Cristine.

—¿Tienen una reserva en el hotel?

—Ya estamos alojadas en el hotel, fuimos con mi hija de compras.

—Ahh... disculpe, pensé que por la cantidad de valijas que traían estaban haciendo el ingreso por primera vez.

—Maa... ¿Estás segura de que papá no está en el lobby?

—Quédate tranquila Georgina que ya me cercioré llamando por teléfono.

—Ah bueno, menos mal.

El empleado apila en un portaequipaje las maletas, y se dirige a la recepción.

—Sí buenas tardes ¿en qué las puedo ayudar?

Cristine, se acerca al empleado del mostrador y en voz baja le dice.

—Buenas tardes, nosotras ya estamos alojadas en este hotel. Necesitamos si son tan amables guardar

estas valijas en el depósito, que las retiraremos el día que realicemos el check-out.

El empleado le contesta moviendo las manos de un lado para el otro y con un tono de voz, un poco aflautada.

—Pero señora, si puede llevarlas a la habitación porque allí tienen un vestidor grande y seguramente les entrarían con comodidad.

—Es que no podemos llevarlas, me entiende.

—Ahhhh... perdón... como no me diiii... cuenta... salieron de compras.

—Y sí, de eso se trata.

—Ayyyy... es que nosotras siempre estamos mirando nuevas prendas para comprarnos.

Mientras tanto, Georgina lo miraba sin emitir un solo comentario, siguiendo atentamente el contorno de su cuerpo y el incesante movimiento de sus brazos.

—Quédense tranquilas que este secretito está bien guardado, y si me avisan con tiempo, les reservo una combi para que puedan trasladarse cómodas al aeropuerto. ¿Por qué supongo que en la habitación tienen más equipajes?

—Sí, algo más, como cuatro valijas y también cuatro bolsos.

—¿Entonces tienen un lugar en el depósito? —le pregunta Cristine.

—Sí, por supuesto. —Mientras hacía sonar una y otra vez una campanilla.

Se acercan dos empleados al mostrador de la recepción.

—Me llevan yaaa... estas valijas al depósito y me las identifican como de la habitación 1224.

—Disculpen ya está, si necesitan alguna cosita más, por favor, ya saben que cuentan conmigo chicas, Raúl es mi nombre.

—Lo tendremos en cuenta, y gracias nuevamente.

Mientras se retiraban hacia las puertas de los ascensores, Raúl entre suspiros y voz baja dice:

—*Ay, que lindo, como las envidio, es el mayor deseo de una mujer, ¡poder salir de compras!*

Madre e hija se dirigen a la habitación, con algunos regalos para Alexander y Johann, y otros paquetes que no habían sido guardados en las valijas.

—*Georgina, ni un solo comentario sobre el resto de las compras.*

—*Desde ya Mamá, yo soy una tumba.*

Abren la puerta del Penthouse, y ven a Alexander y Johann, jugando acaloradamente con un juego de consola conectado a uno de los televisores.

Alexander, cuando detecta que habían llegado su mujer y su hija, baja el volumen del televisor, deja el juego y se dirige a saludar.

—*Hola ¿cómo están? ¿Cómo la pasaron?*

—*La verdad, muy bien un poco cansadas, porque caminamos mucho.*

—*Les trajimos algunos regalitos, nada importante.*

—*A ver, a ver —dice Johann— qué me trajeron.*

—*Decime Alex ¿qué es ese aparato? —dice Cristine.*

—*Ah, salimos un rato y fuimos con tu hijo a una casa de electrónica, y Johann me pidió si podía regalarle esta consola de Sony que es una nueva que salió.*

—*Y ese ruido ¿qué era?*

—*Cristine, provenía del juego de guerra que venía de regalo con la consola.*

—*Johann, qué te parece si dejamos de jugar un rato para ver los regalos.*

—*Sí mejor, porque me estabas haciendo trampa.*

—*¿Yo trampa? De ninguna manera, era vos que estabas haciendo trampa.*

—*Por favor, ambos dejen de discutir.*

—*Nosotros también le compramos unos regalitos para ustedes, —dice Alex.*

Busca y trae los regalos que le había elegido para la esposa y su hija.

—*Toma Cristine, espero que te guste. Georgina, este es para vos.*

—*Gracias pa...*

Cristine, rompe el envoltorio.

—*Ah... es un perfume, es de Estee Lauder, el Pleasures, este perfume me encanta,* —lo decía mientras rompía el celofán que cubría la caja y empezaba a abrir el envase.

—*Humm, a ver, me voy a poner un poco en la muñeca y sentir cómo huele.*

—*Ahhh, qué rica fragancia. Gracias Alex,* —le dice mientras le besa la mejilla y le agradece a Johann también.

Mientras tanto, Georgina trataba de adivinar que podía contener una caja dura. Levanta la tapa y se encuentra con un teléfono celular.

—*Ayy, es un teléfono, no lo puedo creer, muchas gracias, papá.*

—*Sí hija, está liberado, es el último modelo con tapa.*

—*A ver, que me tocó,* —dice Alexander mientras rompía el envoltorio.

—*Ahh, que lindo color tiene el suéter, es color beige.*

—*Muchas gracias, me encanta,* —le dice mientras extiende su mano y acaricia suavemente la tez de Cristine.

—*Bueno, ahora me toca a mí* —dice Johann, que con dos movimientos desarma íntegramente el envoltorio.

—*Ayy también me tocó un suéter, pero este es de color cámel.*

—*¿Y ustedes que se compraron?* —le dice Alexander a Cristine.

—Nada importante, solo lo que encontramos de liquidación, pero en otro momento y con más tiempo se los mostraremos.

—Tenemos que prepararnos para el agasajo de bienvenida. Ya me confirmaron la presencia del representante de la Embajada de nuestro país en Washington, que arriban hoy y se hospedan en este hotel.

Además, me dieron la lista de los invitados, que al parecer es bastante numerosa.

—Cristine, me reúno unos minutos con el chofer y el custodio porque les voy a dar la noche libre. Mientras tanto ustedes váyanse preparando para el evento.

—Me parece bien, cuando vuelva yo también me visto.

Tiempo después, ya todos vestidos y arreglados, se dirigen al salón.

—Bueno, ya estamos listos, ¿qué les parece si vamos?

—Qué elegante... qué hermosa estás Cristine, y vos también Georgina.

—Gracias, Papá.

Cristine, lucía un vestido largo confeccionado con doble tela, una tela interior de organza de color azul medianoche y otra de encaje con pequeñas flores bordadas de colores con matices más claros. Llevaba un escote no muy pronunciado y una espalda descubierta unidas ambas partes por un pequeño aplique dorado que destacaba los hombros.

Se acerca a Alex, toma con ambas manos el nudo de la corbata, se lo ajusta un poco más, se separa y lo mira.

—Qué buen mozo que estás, el color negro realmente te queda muy bien.

—Bueno, vos también hijo estás muy lindo. —Se lo dice mientras le pasaba la mano suavemente por su hombro.

—Vayamos ya, así no hacemos esperar a la gente.

Martes 2 de marzo del 2004
(Recepción de Bienvenida)

Una puerta doble, grande y de madera tallada, era el acceso de entrada al salón, donde se realizaría el agasajo.

Dos hombres vestidos con trajes negros a ambos lados de la puerta, controlaban el ingreso de los invitados.

Antes de entrar, Alexander se dirige a la recepción para averiguar qué cantidad de invitados ya estaban presentes, pues no quería ser uno de los primeros en ingresar.

—Disculpe señorita, soy el señor Alexander Niets-ser. Quería saber qué grado de concurrencia hay en el salón dorado.

—Señor Nietsser, déjeme verificar los datos que tengo.

Sí, por lo que tenemos registrado ya ha ingresado aproximadamente más de un ochenta por ciento.

—Muchas gracias por la información.

Alexander, regresa a donde lo estaba esperando la familia.

—Vamos, ya averigüé lo que necesitaba.

—Disculpe... ¿Tienen las credenciales para ingresar? —le dice uno de los hombres que estaba parado en la puerta de acceso.

—Sí, acá tiene la mía y la del resto de mi familia.

El hombre verifica en una planilla que obraba en su poder, los datos.

—Disculpe señor Nietsser, no lo había reconocido.

—Por favor, no tiene por qué disculparse.

—¿Me permite anunciarlo, antes que ingresen?

—¿Es necesario?

—Es lo que establece el protocolo.

Alexander, mira a su mujer, un poco nervioso y ansioso, pues para él sería la primera vez que viviría una situación así.

Ambos hombres, en forma coordinada, toman lo respectivos picaportes, y abren simultáneamente las puertas.

Ya abiertas, uno de ellos se adelanta y se dirige a todos los presentes.

—*Disculpen... les pido un minuto de silencio por favor... gracias.*

—*“Le damos la bienvenida al señor Alexander Nietsser y su familia”.*

Los invitados los reciben con un caluroso aplauso.

Los primeros en acercarse a saludarlo son los representantes de la Embajada de Liechtenstein en Washington.

—*Señor y familia Nietsser, es un honor saludarles y tenerlos aquí con nosotros.*

—*Créanme que el honor es mío, por poder estar ante tanta gente prestigiosa.*

Mientras ingresaban, los invitados se acercaban para saludarlos.

En otra parte del salón un grupo de periodistas, sacaban fotos y realizaban notas a los invitados.

—*Señor Nietsser, me presento, soy Andrey Semionov, físico matemático, presidente de la Sociedad de Matemáticas de Moscú.*

—*Mucho gusto, y desde ya le agradezco su presencia.*

—*Por favor, yo le agradezco que me haya dado la posibilidad de estar aquí, y con ello poder intercambiar conocimientos científicos con usted.*

—*He leído en distintas revistas científicas su tesis sobre “el sentido numérico”, y quería consultarlo sobre...*

Mientras tanto, Cristine entablaba conversación con los representantes de la embajada, y Georgina y Johann, se encontraban saboreando de una de las mesas, exquisitos bocadillos.

En el interior del salón todo estaba presentado con finos detalles, desde la mantelería blanca y la vajilla de fina porcelana hasta la presentación de los platos a degustar. Un menú compuesto con frutos de mar, mariscos con carnes rojas y blancas, quesos y canapés.

En otra parte del salón se ofrecían bocaditos dulces, bombones, masas, además de una variedad importante de bebidas.

En un momento determinado uno de los hombres que custodiaba la puerta de entrada se acerca a la señora Cristine.

—Disculpe, señora Cristine Lorenz.

—Sí, lo escucho.

—Un señor que dice conocerla, está afuera del salón esperándola, pero no está en la lista de los invitados ¿igualmente quiere que lo haga pasar?

—¿Le dijo quién era?

—No, solo me dijo que era un viejo amigo suyo.

—No sé quién puede ser. Pero dígame que en unos minutos lo voy a ver.

—Ya le aviso, ¿necesita algo más?

—No, está bien, y le agradezco.

—Señora no tiene que agradecerme nada, estamos para esto.

Cristine, levanta la mirada para saber dónde se encontraban su esposo y sus hijos. Se aproxima a la puerta de salida del salón y le dice a la persona que estaba parada.

—Disculpe, si preguntan por mí, mi esposo o mis hijos, díganle que ya regreso, que fui unos minutos a la habitación a buscar algo.

Cristine nerviosa e inquieta avanza por el pasillo que comunicaba el salón con la recepción del hotel, tratando de identificar a la persona que había preguntado por ella mirando a su alrededor.

De repente alguien coloca una mano sobre su hombro estando detrás de ella.

Ella, asustada se sobresalta y grita.

—Ayyyy... —se da vuelta, y con su rostro desencajado mira fijamente a la persona que tenía enfrente y tartamudeando le dice:

—WasMachst du hier. (Qué estás haciendo aquí.)

Él se queda mirándola fijamente hasta que le dice:

—Gott, wieschön du bist.AtmenSiepro—basiert. Wenn er sich entschuldigt, ich weiß, es ist falsch, was ich tue ist, aber glauben Sie mir, ich brauchte, um Sie zu sehen. (Por Dios, qué hermosa que estás. —Respira profundamente— Sí ya sé... disculpa... sé que está mal lo que estoy haciendo, pero créeme, necesitaba verte).

—Woher weißt du, wo es war. (Cómo supiste donde estaba...)

—Ja, es warnicht einfach,ich mussteviele Menschenbitten, endlich wissen,in welchem HotelSie waren. (No me fue fácil, tuve que preguntarle a muchas personas, para saber finalmente en qué hotel estabas).

—Wir hattenein Gespräch, das letzte Mal trafen wir uns,und es schien,deutlich zu machen, dass wir nicht mehr sein.Über den Flurist mein Mannund Kinder,und wenn sie nichtwollen,um mein Leben zuruinieren, bitte ich Sie,jetztverschwinden undnichtwieder zu mir kommen, bekam sie. (Nosotros tuvimos una conversación la última vez que nos vimos, y en ella me pareció dejar en claro que no nos veríamos más. Del otro lado del pasillo se encuentra mi esposo y mis hijos, y si no quieres arruinarme la vida, te pido que

desaparezcas ya, y no vuelvas a verme... ¿entendiste?).

—Cristine, Bitte ich Sie, mir noch eine Chance zu geben, Bitte bestätigen nicht gegeben haben, die Sie in unserer Beziehung verdient. (Cristine, te suplico que me des una oportunidad más, por favor, reconozco no haberte dado el lugar que merecías en nuestra relación).

—Bitte Andate haben heute eine Familie, die ich fühle mich enthalten und werden in ihm alle meine Neigungen hinterlegt. (Por favor, ándate, hoy tengo una familia en la cual me siento contenida y en ella están depositados todos mis afectos).

Del otro lado del pasillo, uno de los custodios observaba detenidamente la situación, aunque no entendía en qué idioma hablaban. Cuando vio que Cristine hacía gestos y ademanes de disgusto, se acerca apresuradamente para preguntarle.

—Disculpe señora Lorenz ¿Hay algún problema?

—El señor se está retirando en este momento del hotel, lo puede acompañar hasta la puerta.

—Cristine Aber bittesagen Sie mir, ein anderes Mal, dass wir reden zu halten. (Pero Cristine, por favor, dime en qué otro momento podemos seguir conversando).

—Señor, me parece que no entendió lo que transmitió la señora Lorenz. ¡Me acompaña hasta la puerta!

El custodio que medía más de un metro noventa, lo toma del brazo firmemente y le señala la puerta de salida.

Del otro lado del pasillo y estando adentro del salón, Alex que ya había detectado la ausencia de su mujer, se dirige a la puerta de salida, y sin esperar que se la abrieran, empuja con ambas manos, y al hacerlo se encuentra de frente a su mujer parada con la intención de ingresar.

Alex la mira a los ojos fijamente por unos segundos sin emitir una sola palabra, y después con voz enérgica le dice.

—*¡Qué haces afuera del salón!*

—*Fui, a la habitación a buscar una pastilla, pues me dolía mucho la cabeza.*

Dos empleados que eran parte del personal del hotel y que habían presenciado la conversación de Cristine, se miran entre sí, sin hacer ningún comentario.

—*¿Y ahora cómo te sientes?*

—*Un poco mejor, gracias.*

—*Entramos de vuelta, somos los anfitriones, debemos estar con los invitados. ¿No te parece?*

—*Sí Alex, volvamos.*

La noche transcurre, y después de varias horas, los invitados se van retirando del salón.

Alexander parado en la puerta, y cumpliendo con el protocolo, saluda y agradece personalmente a cada uno.

Después de unos minutos reúne a su familia y les dice:

—*Cristine, chicos, ya terminó todo, nos podemos retirar.*

—*Sí vamos Alex, estoy cansada, me duelen los pies de estar tanto tiempo parada, y más aún con el calzado que es nuevo.*

—*Ma... me estoy quedando dormida parada* —dice Georgina.

—*Sí vamos todos a descansar.* —Cristine lo dice mientras le acaricia suavemente con una mano la cara.

Los mozos empiezan a levantar el servicio de las mesas y el personal de limpieza a limpiar el salón.

Ya dentro de la habitación Cristine estando sentada frente a un espejo, ve que a Alexander se encontraba parado detrás de ella observándola:

—*¿Alex, me ayudás a sacarme el collar que sola no puedo?*

Él toma suavemente el cierre del collar y sin quitarle la mirada a través del espejo le dice:

—*Cuando estabas detrás de la puerta, te note nerviosa. ¿Tuviste algún problema, o algo que me quieras contar?*

—*No Alex, ningún problema, solo que como el ascensor bajaba siempre repleto de gente, decidí hacerlo por la escalera.*

—*Bueno, entonces debe ser mi imaginación.*

Alex, le termina de sacar el collar, y con una mano lo coloca a un costado de los perfumes. Se inclina apoyándose suavemente atrás de Cristine, y con las dos manos la toma del hombro y le da un beso en la mejilla.

—*Voy al baño a cambiarme y ducharme, y cuando regrese nos acostamos para descansar porque mañana tengo la convención.*

Cristine, ya acostada apoya su cabeza en la almohada, apaga la luz que estaba a un costado de la cama, mira fijamente hacia la pared, y en su mente le aparece la imagen de un túnel sin salida. Inmediatamente un estado de angustia invade su cuerpo. Se da cuenta del riesgo que corría al haberle mentido a su esposo. Cierra sus ojos y unas lágrimas corren por su pómulo.

Finalmente, el cansancio le gana a su mente, y se queda dormida.

Miércoles 3 de marzo del 2004

Alexander, se levanta muy temprano para reunirse con Markus y Gerard en una de las confiterías del hotel, porque tenían que programar cuidadosamente ese día dado que a la noche estaba la convención. En el Penthouse se encontraban todos durmiendo y sin perspectiva que alguno de ellos se levantara temprano.

—*Buen día Markus, buen día Gerard.*

—*Buen día señor.*

—*¿Como transcurrió el día de ayer para ambos?*

—*Estuvimos recorriendo la ciudad, es realmente imponente. Con edificios muy altos y modernos mezclados con otros históricos. Nos llamó la atención las enormes marquesinas iluminadas con todo tipo de propagandas y mujeres hermosas.*

—*Eso no se lo tenías que decir* —le dice Markus a Gerard.

—*Está bien, no tienen que privarse de nada, siempre que no terminen en problemas.*

—*No, eso no va a pasar.*

Un mozo se acerca para preguntarles que deseaban tomar.

—*Si me perdonan caballeros. ¿Qué desean tomar?*

—*¿Qué nos puede ofrecer?*

—*Café, distintos tipos de té, leche chocolatata.*

—*Yo quiero un café doble.*

—*¿Y ustedes?*

—*Lo mismo.*

—*El buffet señores se encuentra servido en las distintas mesas de exposición. A su derecha están los embutidos, quesos, ensaladas, distintos tipos de panes; en el centro, cereales, yogurt, mermeladas, jugos y agua mineral; y a su izquierda frutas y todo tipo de tortas y dulces.*

—*Muchas gracias, nos servimos nosotros.*

—*No se vos, pero yo estoy con mucho apetito* —le dice Gerard a Markus, mientras se levantaba presuroso.

—*¿Quiere que le sirvamos algo señor Nietsser?*

—*No, está bien, vayan tranquilos, yo me ocupo de eso más tarde.*

Ya sentados, Alex decide tomar uno de los periódicos que estaba disponible para el público en el revisitero. Mientras Gerard y Markus saboreaban lo que se habían servido.

Alexander empieza a ordenar el periódico porque tenía las hojas mezcladas y esto le dificultaba su lectura. Cuando logra hacerlo lee en la primera página.

“Diez atentados simultáneos en Irak: 180 muertos y 500 heridos”

—*Disculpen que los interrumpa.*

—*¿Estoy leyendo bien? —dice: “diez atentados en forma simultánea en Irak”.*

Alex muy sorprendido apoya el diario sobre la mesa y empieza a leer en voz alta.

“La celebración de Ashura, el día más sagrado del calendario de los musulmanes shiítas, se transformó ayer en la jornada más sangrienta en Irak desde el final de la guerra”.

“Fueron al menos diez explosiones. Cuatro en la capital iraquí y otras seis en la ciudad santa de Karbala”.

“Atacaron con kamikazes, granadas y morteros, mezquitas y lugares santos de Bagdad y Karbala. Los templos estaban repletos de peregrinos shiítas”.

“Vi al atacante suicida que caminó entre la gente, luego se inmoló y simplemente desapareció. Fue terrorífico. Había cuerpos humanos volando para todos lados”, contó Saad Abdul Zahara, uno de los cuida-

res de la mezquita de Al Kazem, la más sagrada para los shiítas en Bagdad”.

“Varios testigos dijeron que además vieron granadas que fueron arrojadas desde las ventanas de un hotel cercano”.

Los tres compartían sentados la misma noticia, y miraban con asombro y horror las imágenes publicadas en color por el periódico.

—¿Qué está pasando en el mundo? —dice Alex.

—Cada vez se repiten más seguido este tipo de atentados terroristas, y veo que ningún país está exento de tenerlos.

—Disculpe señor, pero creo que hay gente que practica la religión con un espíritu muy fundamentalista, llevando su vida a un extremo.

—Seguramente esa gente que es profundamente religiosa termina siendo usada —le dice Markus.

—Sí realmente, las imágenes son impactantes, —reafirma Gerard.

—Estamos en este momento en un país que también registró un atentado, que lamentablemente ha quedado en el recuerdo como el ataque terrorista más importante que los norteamericanos tuvieron que sufrir —dice Alexander.

Por lo que les pido, que hasta que retornemos a Liechtenstein, extrememos las medidas de seguridad. Ustedes entenderán que para nosotros que vivimos en otro país, este tipo de situaciones no las padecemos.

—No se preocupe señor Nietsser, estaré pendiente, para eso he venido —dice Markus.

—Gracias.

Mientras seguían hablando, aparece caminando la esposa de Alex y sus dos hijos. Ella hace un gesto de silencio a Markus y Gerard para darle un beso en la mejilla y abrazar a su marido. Él gira la cabeza hacia atrás y le dice:

—*Hola Cristine... hola chicos... veo que se levantaron. Vengan, siéntense a la mesa.*

—*Señor, nosotros nos retiramos.*

—*Está bien. Pero les pido porque era uno de los temas que quería acordar con ustedes, que me lleven a la convención, para lo cual tendríamos que vernos en el hall de entrada del hotel a las diecinueve y treinta horas. Antes de esa hora, coordinen con mi mujer a donde quieren ir a pasear.*

—*Así lo haremos.*

—*Señora. ¿Usted nos llama para organizar la salida y los lugares a visitar?*

—*Sí, yo los llamo.*

—*¿Dónde van a estar?*

—*En la habitación, señora.*

Mientras se retiraban, Markus y Gerard, Cristine mira fijamente a Alexander.

—*Alex decime ¿no preferís que te acompañemos?*

—*No gracias, pero si bien para mí es muy importante lo que voy a exponer frente a la comunidad científica, en contrapartida entiendo que es muy aburrido para aquellos que no se sienten identificados con esta ciencia.*

—*Pero Pa, a mí me encantaría poder estar con vos.*

—*Gracias Johann, pero aprovechen para salir con mamá y con tu hermana.* —Mientras se lo decía con una mano acariciaba a Johann tratando de transmitirle con un apretón de mano afecto y agradecimiento.

—*Bueno, hablemos de otra cosa, ustedes no desayunaron y antes que se haga tarde y cierren la confitería, empiecen a hacerlo.*

Alex, que había dejado el periódico abierto sobre la mesa, lo toma con ambas manos y lo cierra plegándolo al medio, no dejando que se vea la página principal.

—*¿Qué noticias hay Alex? desde que llegamos dejé de estar informada.*

—*Nada importante Cristine, son solo noticias locales y de poca trascendencia.*

—*¿Me dejas el periódico?*

—*Mejor disfruten. Yo voy a la habitación, para verificar si me trajeron de la lavandería la ropa lavada y planchada, porque la voy a necesitar para esta noche.*

Parado al lado de Cristine, se inclina para darle un beso en la frente y al retirarse deja el periódico en el revistero.

Alexander, ya dentro del Penthouse, va en búsqueda de todos sus apuntes y notas, que estaban arriba del escritorio en la sala.

Toma asiento en la silla, y empieza a revisar el texto sobre su tesis.

Él tenía claro el nivel de exposición que iba a tener frente a la comunidad científica, esto le genera mucha ansiedad.

Tras un largo rato que ocupó en revisar una y otra vez los apuntes, decide guardar ordenadamente los mismos dentro de una carpeta.

Va a la habitación, y sobre la cama apoya con extrema prolijidad, la camisa, el traje, el cinturón y medias y el moño. Todo parecía minuciosamente acomodado, como si los estuviera exponiendo en una vidriera de un negocio de ropa.

Se dirige a la sala principal del Penthouse, y allí decide sentarse en uno de los sillones para descansar un rato. Se acomoda, trata de relajarse, pero esto no evita que por su mente pasen significativos recuerdos y sensaciones. Independientemente, percibe que algo lo estaba atormentando, y si bien trataba de descubrir qué podía ser, no lograba descifrarlo.

Entonces se levanta abruptamente para dirigirse a la recepción del hotel con el fin de averiguar si Cristine y sus hijos ya habían terminado de desayunar.

Cuando camina hacia el pasillo que lo conduce al ascensor, ve que no paraba en el piso que él estaba y decide bajar por la escalera.

Faltando pocos metros para llegar a la planta baja se encuentra con personas que también subían por la escalera.

—Disculpen, veo que esta concurrida la escalera hoy, esperen que me corro, así pueden pasar más cómodos.

Un contingente de aproximadamente treinta personas subía ordenadamente haciendo que Alex se quedara apoyado en una de las paredes y permaneciera quieto.

Mientras tanto por la misma razón que Alexander, también Cristine decide subir por la escalera para ir al Penthouse.

En ese momento alguien la llama por su nombre y cuando se da vuelta...

—Hola Cristine ¿cómo estás?

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte, debemos conversar sobre algunos temas que quedaron pendientes entre nosotros.

—Yo no tengo más nada que conversar contigo.

—Por favor, no te vayas, porque no sé si tendré otro momento para hablar.

Mientras esperaba en la escalera a Alexander le pareció sentir la voz de su esposa.

—Cristine... Cris... ¿Sos vos, estás ahí? Mientras terminaba de bajar por la escalera tratando de ubicar a su mujer.

—Acabo de sentir la voz de mi esposo, vete ya.

—Necesito saber solamente si cuando retournes al país, te puedo ver.

—¡No! definitivamente.

Gira su cuerpo y se dirige al hall del Hotel para luego sentarse en un sillón de la recepción

Mientras Alexander que ya estaba en la planta baja se dirige hacia la recepción.

—*Buenas tardes, disculpe señorita, soy el señor Nietsser de la habitación 1224. ¿Quisiera saber si mi mujer y mis hijos han retirado las llaves de la habitación?*

—*Como está señor Nietsser.*

—*Bien gracias.*

—*Sí, la han retirado, pero si no estoy equivocada, acabo de ver a su mujer sentada en uno de los sillones de la recepción.*

—*Ah, muchas gracias.*

Pega la vuelta y dirigiéndose hacia el ala derecha del hotel, ve que definitivamente Cristine estaba leyendo una revista.

—*Hola querida ¿cómo estás? ¿Hace mucho que estás aquí?*

—*Hace un rato largo.*

—*Hubiese jurado escuchar tu voz.*

—*No, debes haberte confundido con otra persona.*

—*Sin embargo, parecía tu voz, como si estuvieras discutiendo con alguien.*

—*Ay, Alex, deja de imaginar cosas que no son.*

—*Sí, puede ser que tengas razón.*

—*¿Dónde están los chicos?*

—*Georgina me pidió que la llamáramos al teléfono que le regalaste, si la necesitábamos ubicar.*

—*Perfecto, encárgate vos, que yo me encargo de localizar a Markus y Gerard.*

—*Nos vemos en la habitación, porque me tengo que cambiar para ir a la convención.*

—*Ahí nos vemos Alex.*

—*Cuando se estaba dirigiendo hacia el sector de los ascensores, encuentra a Markus y a Gerard que venían caminando con una bolsa en la mano y que aparentaban contener dos bebidas.*

—¿Cómo están? ¿cómo fue el paseo de la tarde con mi mujer y mis hijos?

—Señor, todo muy bien, se han divertido mucho, y nosotros también disfrutamos de su compañía.

—Lo que llevan en esa bolsa ¿son cervezas?

—Sí señor.

—¡Ustedes saben que no deben tomar alcohol si manejan!

—Es para beber a la noche, señor Nietsser.

—Está bien, solo quiero que sepan que aquí son muy rigurosos con este tema.

—Sí, ya nos informaron al respecto.

—Que les parece si me vienen a buscar en una hora aproximadamente, tal como habíamos quedado.

—Sí señor, en una hora lo pasamos a buscar, y si necesita algo antes, estaremos en nuestra habitación.

—Está bien, gracias a ambos.

Ahora sí decide subir a la habitación por el ascensor.

Ya adentro del Penthouse, va al baño de su habitación, se desviste, se pone una bata, e ingresa a la ducha. Abre la canilla de agua caliente y cuando siente que el agua estaba tibia, se saca la bata y corre la mampara de vidrio. Con la cabeza inclinada hacia abajo, deja que la lluvia de la ducha cubra todo su cuerpo sintiendo lentamente una sensación de relax. En ese momento percibe que toda esa tensión que tenía acumulada comienza a desaparecer.

Cuando todo parecía estar muy tranquilo, alguien golpea la puerta del baño.

—¿Alex, te estás bañando?

—Cristine, sí me estoy bañando.

Toma una toalla, sale de la ducha y empieza a secarse. Toma la bata y se la coloca, después abre la puerta.

—*Cris... Si necesitas el baño te lo dejo, yo me voy a vestir.*

Habiendo trascurrido media hora aproximadamente y ya vestido, Alex se miraba en un espejo que estaba en la habitación.

Mientras tanto Cristine, que había salido del baño lo observaba desde un ángulo inclinado de la habitación sin que él lo notara. Caminando despacio se acerca a él.

—*Alex, qué elegante estás.* —Él deja de mirarse por un instante en el espejo, gira su cuerpo y le dice:

—*Cris, es que no estás acostumbrada a verme vestido formalmente.*

En el silencio del Penthouse se siente que golpean la puerta de entrada.

—*Cris, están golpeando la puerta principal, puedes fijarte, probablemente sean Gerard y Markus.*

—*Voy.*

Abre la puerta.

—*¿Hola cómo están?*

—*Vinimos tal como nos pidió el señor Nietsser.*

—*Está bien ¿quieren tomar algo?*

—*No está bien, señora.*

—*Ya viene, se está terminando de arreglar.*

Cris, levanta un poco el tono de voz para llamar a Johann y a Georgina.

—*Chicos, pueden venir un minuto.*

Cada uno de ellos estaba en su habitación. Georgina escuchando música con unos auriculares, y Johann estaba entretenido jugando a todo volumen con uno de los juegos que había comprado con su padre. La madre cuando ve que ambos no la habían escuchado, se dirige a cada habitación, para ver qué es lo que estaba pasando.

Cristine, irrumpe primero en la habitación de Georgina, la cual se encontraba cómodamente acostada

en la cama mientras escuchaba y tarareaba un tema musical. Desde atrás le toca el hombro, entonces Georgina se quita los auriculares.

—*Sí mamá. ¿Qué pasa?*

—*Te estaba llamando, tu padre se va a la convención. ¿Puedes ir a saludarlo y desearle suerte?*

—*Sí maaa... ya voy.*

Se dirige ahora a la habitación de Johann, pero era tan elevado el volumen del sonido, que cuando abre la puerta, el sonido es ensordecedor.

—*Johann, Johann, Johann... ¡Por favor baja el volumen!*

—*Sí, mamá. ¿Qué necesitas?*

—*Tu padre ya se va, anda a despedirlo, por favor.*

—*Sí, madre.*

Ya todos juntos en la sala principal, Georgina lo abraza al padre colgándose del cuello.

—*Pa, que tengas suerte con la presentación.* —Lo abraza y le da un beso en la mejilla.

Johann se acerca a su padre y Alex con los brazos extendidos lo toma de los hombros para darle un fuerte abrazo.

—*Padre, quédate tranquilo que Dios va a estar contigo, él te va a acompañar, todo va a salir bien.*

—*Gracias hijo,* —mientras se lo decía se volvían a abrazar con mucha emoción.

Cristine, que contemplaba la escena, se acerca a Alex, lo mira a los ojos y le dice:

—*Yo sé que para vos este día es muy importante. También sé que nunca nosotros le podremos dar la dimensión correcta a lo que sentís, pero quiero que sepas que estamos con vos acompañándote. Si las cosas no salen tan perfectamente como vos esperas, lo importante es que lo intentaste, y eso debe llenarte de satisfacción. Ten presente que estamos muy orgullosos de vos.*

—*Gracias, Cris,* —mientras se lo decía, le daba un beso suave en los labios.

—*Muchachos, nos vamos.* —Alex toma los apuntes y junto a Markus y Gerard, se retiran para dirigirse al hall de entrada del hotel.

Gerard, saca el vehículo del estacionamiento del hotel junto con Markus, se detienen en la entrada, luego se baja para abrirle la puerta trasera a Alexander. Vuelve a sentarse al volante para dirigirse al Centro de Convenciones "Manhattan Center".

Mientras la noche se iba adentrando, Gerard y Markus conversaban en voz baja y Alexander observaba con la mirada perdida las calles iluminadas de Nueva York.

Todo tipo de sensaciones pasaban por su mente, mientras su antebrazo se apoyaba sobre un costado de la puerta y con la mano se sostenía la cabeza.

Después de haber trascurrido más de cuarenta y cinco minutos, Gerard que manejaba el vehículo, mira por el espejo retrovisor y ve a Alexander quieto y callado.

—*Señor Nietsser, disculpe, ya estamos por llegar.*

Alexander, como estaba tan concentrado en sí mismo, no escuchaba claramente si se dirigían a él. Gira la cabeza lentamente y enfocando su mirada a ellos les pregunta.

—*Disculpen... ¿Me estaban hablando?*

—*Sí señor, le decía que estábamos llegando al centro de convenciones.*

—*Ah, gracias.*

Gerard detiene el vehículo en la entrada, Markus se baja para abrirle la puerta.

—*Señor, Nietsser, por favor.*

Mientras Gerard se dirige al estacionamiento, Markus acompaña a Alexander al interior del centro de convenciones. En el mismo se encontraba esperando

una coordinadora, quien había organizado junto con el personal del consulado de Liechtenstein todo el evento.

—Señor Nietsser bienvenido, yo soy la coordinadora la señora, Elizabeth Robinson.

—Encantado de conocerla. Le comento, me acompañan el señor Gerard que es mi chofer y el señor Markus que es mi custodio personal.

—Sí, de ambos ya tenemos los datos. Necesitamos que se coloquen estas credenciales para que puedan circular dentro del centro de convenciones.

—Ahora señor Nietsser, necesito conversar con usted, para ponerlo al tanto sobre algunos temas, antes de que ingrese al auditorio.

—Para los señores Gerard y Markus, hay una antesala, donde van a poder esperar hasta que termine su exposición. La señora los va a acompañar hasta ese lugar, y quédense tranquilos que es paso obligado antes de entrar al recinto, por lo cual cuando salga el señor Nietsser, fácilmente se van a encontrar.

—Perfecto, entonces la seguimos.

—Bueno le comento lo siguiente, pues no quisiera que nos atrasáramos y menos aún hacer esperar a la gente. La concurrencia hasta donde tengo información es muy elevada, después nosotros lo vamos a hacer ingresar a través de una puerta lateral que lo lleva directamente al estrado, revisamos el sonido, y corroboramos que el proyector de filminas proyecte correctamente en la pantalla con la intensidad de luz que usted nos requirió. Una persona va a ser la encargada de anunciarlo antes que salga. Cuando lo haga el sector donde usted va a estar, estará iluminado mucho más intensamente que el resto del auditorio, y recién ahí se subirá la iluminación del público. Todo esto se lo comento para que no lo tome por sorpresa el cambio de iluminación.

—*Está bien, le agradezco que me informe, pues no quisiera desconcentrarme al momento de exponer.*

—*¿Señor Nietsser, lo que lleva en la mano es una carpeta con los apuntes?*

—*Sí.*

—*Le pediría que me los entregue ahora si es posible, así está colocado antes de su ingreso en el atril.*

—*Aquí los tiene, y por favor que lo apoyen así como están, necesito que queden en este orden.*

—*Así lo haremos.*

Entonces un asistente los lleva presurosamente.

—*Ahora sí... ¿Necesita que hagamos algo más antes de entrar?*

—*No, pienso que no.*

—*Mire que todavía nos queda algo de tiempo antes que lo anuncien.*

—*No sé tal vez un poco de tranquilidad, pues todo esto me ha generado bastante ansiedad.* —Esto se lo decía como con una sonrisa nerviosa.

—*Está bien, tómese unos minutos... ¿Quiere un vaso de agua?*

—*Sí, sí puede ser, le agradezco.*

—*Por favor para eso estamos, ya se lo traemos.*

La coordinadora le pide en voz baja que traiga el agua a una de las personas que la acompañaban. Unos minutos después aparecen con el vaso de agua y una servilleta de tela.

Alex toma el vaso y sin respirar bebe el agua de un tirón inclinando levemente el vaso y su cabeza hacia arriba. Al terminar de beber, baja el vaso, se seca los labios con la servilleta, y cuando mira a su alrededor, ve que los demás se habían quedado mirándolo atentamente.

—*Perdón disculpen, sé que no es la forma de beber, pero toda esta situación me ha dado mucha sed.*

—*Por favor, lo entendemos.*

—*Ahora sí, si le parece le decimos que lo anuncien.*

—*Sí, hágalo nomás.*

Entonces el presentador se dirige hacia el estrado y toma el micrófono.

—*Perdón... disculpen... señoras y señores aquí presentes... por favor un minuto de silencio...*

Poco a poco la gente se fue callando y empezando a escuchar al anunciador.

—*Vamos a darle la bienvenida al científico y matemático Alexander Nietsser.*

La coordinadora le dice:

—*Ahora, ingrese señor Nietsser.*

Alexander comienza a caminar por el pasillo con pasos largos, pero siente que ese pequeño recorrido de unos metros era eternamente largo.

De repente se encuentra en el medio del escenario, y el anunciador se hace a un costado y empieza a aplaudir.

Las luces del resto del auditorio empiezan a aumentar su intensidad tal como se lo había anunciado la coordinadora, mostrando que estaba casi lleno.

La gente allí presente se empieza a parar y mientras lo hacía aplaudía calurosamente a Alexander.

Mientras observaba a los espectadores siente que su cuerpo se empieza a rigidizar, producto de los nervios y del asombro de ver una parte importante de la comunidad científica que estaba allí acompañándolo. Mira hacia abajo donde estaban los apuntes, los acomoda, luego levanta la mano con la palma hacia adelante y dice:

—*Señoras y señores, académicos y científicos aquí presentes, gracias, muchas gracias por este recibimiento.*

La gente se sienta nuevamente en sus butacas.

Alex, produce una pequeña pausa para sacar un pañuelo del bolsillo de su pantalón. Lo aprieta con la

mano derecha para poder secarse la misma, luego tapando el pañuelo con la mano, se lo pasa suavemente por la frente, irgue su cuerpo, mira hacia adelante y dice:

—Quiero agradecer antes de exponer mi tesis a todos los aquí presentes que han tenido la amabilidad de concurrir, reconociendo que muchos de ustedes tuvieron que recorrer miles de kilómetros para poder estar aquí ahora, y con ello escuchar lo que ha sido para mí, el trabajo de investigación de gran parte de mi vida, es que por eso les reitero, mi profundo agradecimiento.

A un costado y apartado de él, un ayudante había colocado la primera filmina sobre el proyector. Lo mira y le hace un gesto al señor Nietsser advirtiéndole que ya estaba colocada. Lo enciende y sobre una enorme pantalla se proyecta la primera parte de su trabajo.

Ya más relajado, y sintiendo que lo peor había pasado, esboza una insipiente sonrisa y continúa:

—Bueno, todo comienza cuando siendo muy chico y estando en el sótano de mi casa frente a un pizarrón que mi padre solía utilizar para enseñarme matemáticas... me doy cuenta...

Mientras tanto fuera del auditorio, Gerard y Markus conversaban sentados cómodamente en un sillón pequeño contándose anécdotas graciosas para pasar el tiempo.

Cada tanto se escuchaba borrosamente la voz de Alexander que venía del otro lado de la puerta. A veces dependiendo del tono de su voz se lo escuchaba con mayor claridad.

La coordinadora ingresaba cada tanto para controlar que todo estuviese saliendo tal como se había planificado.

—*Disculpen ¿quieren tomar algo, alguna bebida?* —
les pregunta la coordinadora a Markus y Gerard.

—*Sí ¿puede ser agua?*

—*Ya les traemos.*

El tiempo transcurre, ya habían pasado más de dos horas, cuando se escucha que la gente aplaude.

La coordinadora se apresura para abrir las puertas de acceso al auditorio. Gerard y Markus que se percatan que ya había finalizado la exposición, se dirigen al lugar.

El público empieza a pararse y retirarse. Alexander baja del estrado y camina presuroso hacia donde estaba la salida.

Ahí parado ya más tranquilo, empieza a saludar a cada invitado agradeciéndole su presencia.

Media hora más tarde el público se había retirado. Gerard y Markus se acercan a Alexander para preguntarle.

—*Señor Nietzsche. Díganos ¿cómo seguimos?*

—*Les pido unos minutos más, pues me están haciendo una entrevista para un artículo que se va a publicar en una revista científica.*

—*Por favor señor Nietzsche, lo que sea necesario, aquí estaremos.*

Transcurrido el tiempo, y ya con signos de agotamiento, Alexander se dirige donde se encontraba la coordinadora que pacientemente lo estaba esperando hacía un buen rato. Le estrecha la mano y le dice:

—*Quiero agradecerle, sobre todo, la impecable organización que ha quedado plasmada, contemplando hasta en el más mínimo detalle.*

—*Señor Nietzsche, esta es mi profesión y mi trabajo, y así debe ser.*

—*Nuevamente muchas gracias. ¿Tengo que firmar algo o hay algo que deba hacer?*

—*No, puede irse cuando usted lo disponga.*

Markus, se acerca a Alexander, para ponerse a su disposición.

—Disculpe señor, y si no es indiscreto ¿nos puede decir si se ha cumplido una parte de sus expectativas?

Alexander mira a los dos y con signo de agotamiento les dice:

—Es difícil dar la respuesta ahora. Debo esperar la aceptación y repercusión por parte de la comunidad científica sobre lo expuesto, para lo cual puede pasar un buen tiempo. Ahora en lo personal, tengo la satisfacción de haberlo intentado, y eso es muy importante para mí.

—Si me disculpan, antes de irnos necesitaría pasar por el baño.

—Aquí lo esperamos.

Cuando caminaba por un pasillo largo que lo llevaba a los baños, ve y escucha a una mujer hablar por su teléfono en voz muy alta.

—“...No, lo que me estás pidiendo es imposible. No podemos vernos en este momento, y menos en este lugar donde estoy acompañada por gente que conoce a mi esposo, y esto no tiene nada que ver con lo que yo siento por vos...”

Alexander, pasa al lado de la mujer y la mira asombrado al ver la poca discreción con la que hablaba.

Ingresa al baño, se dirige a donde estaban los lavatorios y empieza a lavarse las manos. Con las manos mojadas se inclina para refrescarse un poco la cara.

Levanta la cabeza, se mira al espejo, y ahí se queda un buen rato observándose totalmente quieto.

Mientras se miraba al espejo, una sensación de angustia vuelve a invadir su cuerpo, la misma que él ya había sentido en otros momentos, a la cual no podía encontrarle una explicación.

De repente y en forma brusca, se abre la puerta del baño, Alex reacciona y toma rápidamente unas toallas de papel para secarse las manos y la cara.

—*Buenas noches.*

—*Buenas noches,* —también le contesta Alex.

Sale del baño y se dirige al lugar a donde lo estaban esperando Markus y Gerard.

—*Nos vamos.*

—*Como usted diga señor.*

Todos juntos caminan hacia la puerta de salida del Centro de Convenciones y Gerard se adelanta para retirar el vehículo del aparcamiento.

Estando el vehículo estacionado, Gerard abre la puerta para que suba y cuando lo va a hacer, Alexander siente como una fuerte explosión. Se lleva las manos a la cara y cuando las retira ve en ellas sangre. La visión repentinamente se le nubla. Inmediatamente siente un dolor muy agudo en su cabeza, pierde la sensibilidad de sus piernas y brazos y termina desplomándose en la vereda.

Desvanecido y habiendo transcurrido un tiempo, Alexander logra abrir en un momento determinado un poco sus párpados y cuando lo hace ve una imagen muy borrosa de dos hombres vestidos de blanco sentados a un costado de él.

Siente también que su cuerpo se movía de un costado al otro, además de escuchar el sonido muy fuerte de una sirena.

Lo estaban trasladando en una ambulancia a un centro asistencial.

—*¿Señor me escucha, me escucha... me... escucha...?*

—*¡Rápido, detecto una arritmia en el pulso!*

—*¡Inyéctele al suero una dosis de procainamida!*

—¡Unidad 375, repito unidad 375, estamos a pocas cuerdas del hospital, necesitamos urgente que preparen un quirófano, me copia...

—Lo copiamos unidad 375, hagan el arribo por el sector de emergencias.

Solo cinco minutos después, ingresaban con la camilla al hospital.

II

TIEMPO ATRÁS

24 años antes, 6 meses y 16 días

Cristine Lorenz había nacido en Feldkirch, un estado federado de Vorarlberg, al oeste de Austria, con tan solo treinta y cuatro kilómetros cuadrados y una población de treinta y un mil quinientos habitantes, ubicada muy cerca de la frontera con Suiza y Liechtenstein.⁽³⁾

⁽³⁾*La ciudad fue construida en la edad media en el interior de un valle, casi rodeada de bosques y acantilados además de estar atravesada por el río Ill, antes de desembocar en el río Rin.*

Feldkirch siempre ha sido un importante centro educacional y cultural, ejemplo de ello es que cada mes de junio, se celebra allí el renombrado festival musical Schubertiade.

A pesar de ser una ciudad lejana al resto de Austria, posee una característica particular pues se habla un dialecto diferente, que apenas puede ser comprendido por el resto de los austriacos. De hecho, cada pequeño pueblo en Vorarlberg tiene su propio sub-dialecto o variantes del alemán, aunque para el resto del país, no es un problema entender y ser entendido por los demás.

También es una ciudad fuertemente turística con un barrio antiguo medieval con interesantes lugares para visitar.

Domingo, 17 de agosto de 1980

En un mediodía soleado con una cálida temperatura de dieciocho grados, Cristine y Eduard habían quedado en encontrarse en una confitería para festejar su primer año como pareja.

Ella con solo veintiséis años de edad, había pedido licencia en la escuela, Instituto T. Josef donde dictaba clases de historia contemporánea, y Eduard que se desempeñaba como vendedor de una empresa de componentes de electrónica, también había pedido el día.

Para ambos era una fecha especial pues más allá del insipiente tiempo que tenía la pareja, a los dos los unía una fuerte atracción.

El lugar de encuentro sería en una confitería ubicada en un centro comercial muy turístico llamado Marktgasse.

La fisonomía del lugar presentaba características únicas dentro de Feldkirch, era una calle larga y rectangular cerrada para el tránsito vehicular.

Vastos adoquines adornaban el piso. Confiterías, restaurantes y otros negocios que se extendían hacia afuera a ambos lados de la vereda con mesas, sillas y toldos multicolores, ofrecían al visitante una variada gastronomía. Las flores de estación en coloridos maceteros que colgaban de los ventanales, generaban una sensación de mucha calidez.

Cristine se queda esperando fuera de la confitería, pero al ver que Eduard se demoraba, decide entrar.

Cuando ingresa se acerca a una señorita que atendía las mesas para preguntarle:

—*Disculpe usted la molestia ¿me podría decir dónde se encuentran los baños?*

—*Para nada, no es una molestia... al fondo de la confitería hay un pasillo, cuando ingresa al mismo va*

encontrar primero el baño de mujeres que está a su derecha.

—Gracias...

Cristine, cuando camina hacia el baño, ve a Eduard en el pasillo con una mano levantada indicándole que se acercara.

Cuando había avanzado lo suficiente se da cuenta de que él ya no estaba. Se para y mira para ambos lados y al no verlo, gira su cuerpo para salir del pasillo. Estando de espalda al baño de mujeres, alguien la toma fuertemente del brazo y la introduce bruscamente. Ya dentro del baño, una mano le tapa la boca y la empuja suavemente hacia la pared.

—Shhh... no grites por favor, soy yo.

—¡Estás loco! ¿qué haces dentro del baño de mujeres? salgamos ya.

Mientras ella hablaba, él con su pierna derecha trababa la puerta para impedir el ingreso de cualquier persona.

En ese momento sienten que alguien desde afuera quería ingresar. Él le hace una seña para que Cristine diga que la puerta estaba atascada.

Ella desesperada y muy nerviosa por la situación que estaba viviendo, le pega varias veces con la mano abierta en la cara, pero evalúa que si abría la puerta no iba a haber excusa para poder explicar tal situación.

—Disculpe, se trabó la puerta y seguramente es algún problema con el picaporte.

—¿Quiere entonces que llame a alguien de la confitería para que puedan socorrerla? —le dice una señora desde afuera.

—No, está bien señora le agradezco, pues eso me alterara más ya que sufro de... claustrofobia... prefiero seguir intentando hasta que se abra.

—Bueno está bien, me retiro y vuelvo en un rato.

—*Ven rápido*, —le dice Eduard.

La toma de la mano y arrastrándola la lleva hacia el interior de un box. Ella con la otra mano intentaba soltarse e inclinaba su cuerpo produciendo con sus pies una resistencia en sentido contrario.

—*Basta suéltame, estás demente, suéltame por favor*.

Ya adentro del box, cierra la puerta con ambos adentro.

—*Por favor te pido solo un minuto así te puedo explicar*.

Eduard se lo dice en voz muy baja, pero enérgicamente.

Introduce la mano en el interior de su abrigo y saca una caja angosta y larga revestida en terciopelo negro. La apoya sobre una mano y con la otra mano libera el sistema de cierre. La gira direccionándola hacia su atenta mirada, abre suavemente la tapa dejando ver su contenido.

En ese momento ella sentía un sinfín de sensaciones, que iban desde bronca, vergüenza e impotencia. Pero también algo más estaba sintiendo, que no sé podía explicar con palabras. Su corazón latía agitado.

—*Oh, por Dios ¿qué es? ay... ¡qué bello...! ¿es para mí?*

Él toma con las dos manos el collar, lo saca de la caja, desprende el cierre, y mientras ella gira su cuerpo, se lo coloca pasando una mano por encima de su cabeza.

—*Ay... quiero ver cómo me queda*, mientras con una mano apoya el collar sobre su pecho.

—*Por favor Cristine, que no nos vean, antes de salir fíjate bien que no haya nadie* —Ahora era él, el preocupado.

El box era de dimensiones reducidas, pero a diferencia de otros baños, este tenía sus laterales y su puerta que llegaban hasta el piso.

Cristine intenta escuchar si había alguien del otro lado, apoyando su cabeza en la puerta.

—*Ahora me parece que no hay nadie, voy a salir...*

Abre la puerta, mientras él se apoyaba sobre un lateral del box por si ingresaba alguien para que no vieran, ella empujaba la puerta desde afuera como para cerrarla un poco. Luego se dirige hacia los espejos que estaban enfrente a los boxes en forma longitudinal a los lavatorios.

Se para frente al espejo lo más erguida posible, y girando los hombros hacia un lado y el otro, se queda observando cómo el reflejo de la luz iluminaba las piedras que tenía el collar y que hacía que brillaran como pequeñas estrellas.

Eduard, desde adentro observa satisfecho al ver que realmente le había gustado el regalo.

—*¡Ay que hermoso que es...!* —exclama, mientras se acomodaba la cabellera sobre sus hombros e intentaba generar un efecto distinto.

Ingresa dos personas al baño, ella acerca la cara al espejo y se pasa el dedo sobre los párpados como si estuviera corrigiendo la sombra de sus ojos. Eduard cierra despacio la puerta y la traba.

Se queda allí hasta que Cristine se cerciora que las dos personas se habían retirado. Corre hacia el box, le golpea suavemente la puerta a Eduard, y le dice:

—*Abridme, soy yo.*

Cuando ingresa, con los dos brazos se cuelga por encima de sus hombros y acercando sus labios a su mejilla le da un beso. Mientras él con su mano izquierda cierra nuevamente la puerta del box.

—*Es hermoso, me encanta, me encanta, qué hermoso regalo, no lo esperaba.*

Eduard, había encargado especialmente el collar a una joyería. Se había inspirado en una revista de moda suiza y lo lucía una modelo europea.

El diseño era sobrio y refinado, representaba la figura de un hada de espalda con sus brazos y manos abiertas. Tenía sus alas desplegadas y cubiertas por pequeñas piedras semipreciosas de distintos colores.

—*Eduard, pero yo no te compré nada.*

—*Cristine, realmente no me importa.*

—*Bueno, entonces vayámonos de aquí por favor, quiero festejar nuestro primer aniversario.*

—*Cristine, antes necesito que hagas algo.*

Él saca de uno de los bolsillos del saco un pañuelo de seda negro. Ella lo mira sin entender para qué era.

—*Necesito taparte los ojos.*

—*Eduard para qué.*

—*Es otra sorpresa...*

Entonces suavemente la gira y poniéndose detrás de su espalda, pasa el pañuelo por encima de su cabeza, lo apoya sobre sus ojos, y lo ata fuertemente realizándole un nudo por detrás de su cabeza.

Vuelve a girarla, y desplaza su cuerpo sobre un costado del box y le dice murmurando al oído:

—*Por favor... déjate llevar...*

Eduard, le toma las manos a Cristine y con leves e insinuantes movimientos comienza a acariciárselas. Eso lo extiende de forma pausada a sus brazos, hombros y cuello.

Cristine empieza a relajar su cuerpo para finalmente entregarse al placer.

En ese momento por la mente de Cristine pasaban un sinfín de emociones, y sentía como su cuerpo gozaba.

Una llama interior transformaba todo en una pasión desenfrenada que difícilmente podía detener.

Mientras tanto Eduard apoyaba sus labios suavemente sobre su piel generando una sensación de caricia.

Cristine ya había tomado el control de Eduard, dirigía los movimientos de sus manos para lograr un placer total.

Mientras los minutos trascurrían el cuerpo de Cristine iba entrando en erupción.

Como un volcán cuya lava comienza a enfriarse lentamente, Cristine de a poco recupera la calma.

Unos segundos más tarde, ambos se miran a los ojos y estando amalgamados por el insipiente sudor de sus cuerpos, se besan sellando ese acto de amor.

Él le quita el pañuelo estando todavía recostada. Ella se inclina levemente hacia adelante y toma con sus manos la cara de Eduard y cuando están frente a frente lo mira con lágrimas en sus ojos y le dice en voz muy baja:

—Eduard, qué hicimos, esto es una locura, por Dios como me dejé llevar de esta manera. Me siento tan avergonzada, salgamos de acá por favor, vámonos, vámonos ya.

—Cris, perdóname, no pretendía hacerte sentir mal, créeme que no era mi intención, —le decía mientras le tomaba ambas manos.

—Escúchame por favor, voy a salir hasta la puerta del baño y si no hay nadie te aviso así salís primero vos y después lo hago yo. Nos encontramos en la puerta de entrada de la confitería del lado de afuera.

—Sí, está bien.

Cristine, abre la puerta un poco como para poder salir del box, mientras él queda del otro lado de la puerta.

Él la cierra inmediatamente, a la espera que ella avisara cuando podía salir. Cristine se dirige hacia el fondo del baño y cuando se cerciora que no hay gente, abre la otra puerta que daba al pasillo y le dice en voz alta.

—*¡Eduard! ¡salí ya...!*

La abre bruscamente y con pasos presurosos sale del baño.

Cristine, se acerca al lavatorio, se mira al espejo reflexionando sobre lo que había ocurrido, saca un pañuelo para secarse las lágrimas de sus mejillas, busca las pinturas y el peine, y empieza a maquillarse.

Después de unos minutos se dirige a la salida del baño, y cuando abre la puerta... Cristine se asusta emitiendo un pequeño grito.

—*¡Ay!... perdón señora, me asustó.*

—*Ah... por lo que veo pudo arreglar el picaporte.*

—*Ah, sí... se destrabó finalmente.*

—*Disculpe, estoy un poco apurada.*

—*No, por favor hasta luego.*

Cristine, sale al encuentro de Eduard que la estaba esperando en la calle, cuando está frente a ella le dice:

—*Cris, dónde podemos hablar, necesito explicarte.*

—*No creo que sea el momento, solo quiero irme.*

Dejemos las cosas acá como están, necesito pensar lo que pasó, o mejor dicho, qué me pasó a mí. Espero que me entiendas, hace solo un año que nos conocemos.

—*Sí está bien Cris, pero te pido por favor que nos sigamos viendo. Voy a esperar que me llames por teléfono.*

—*Eduard, ahora me voy... no puedo pensar en nada.*

Mientras ella giraba rápidamente su cuerpo en sentido contrario, Eduard iba soltando lentamente la ma-

no de Cris mientras que ella se alejaba. Él se queda con los brazos extendidos, como suplicando, agacha la cabeza, cruza la calle y se va.

Cristine, mientras caminaba hacia su casa, en su rostro se le dibujaban gestos que manifestaban estados de ira y confusión.

Parada en la puerta, saca las llaves que estaban en su cartera, entra, cierra la puerta bruscamente muy molesta consigo misma. Arroja las llaves arriba de la mesa y se dirige a su dormitorio. Se tira en la cama con el cuerpo boca abajo y tomando la almohada con las manos, se tapa la cara y empieza a gritar:

—¡Noooo... por qué... por qué me dejé llevar! ¡qué he hecho... cómo pude llegar a esto!

Ya había pasado más de una hora y Cristine seguía llorando desconsoladamente mientras que su cuerpo empezaba a sentir los síntomas del cansancio. En un momento determinado se queda totalmente dormida.

Después de unas horas, se despierta, mira el reloj y con un ojo entreabierto dice:

—Ay... por Dios... me quedé totalmente dormida.

Entonces se sienta a un costado de su cama con la cabeza gacha, se frota la cara tratándose de despertar.

Se levanta, camina hacia la cocina, calienta un poco de agua en una pava para tomarse una infusión.

Sentada en la mesa tomando un té con la mirada perdida en el vapor que salía de su taza, comienza a preguntarse qué le había sucedido para que Eduard en un momento determinado, tomara el control total de ella.

Viernes 22 de agosto de 1980

11:30 horas

Cristine ingresa al colegio a dictar clases. Ella vivía en la misma calle, pero a unas cuadras del Instituto Sankt Josef, en una casa modesta que era de sus padres.

—*Hola Cris... buen día ¿cómo estás?* —Otra profesora y amiga de Cristine la saluda.

—*Bien y vos. ¿Cómo comenzaste el día?*

—*Comenzó aburrido como siempre, pero me parece que el tuyo va a ser distinto.*

—*Distinto... ¿Distinto por qué?*

—*Mmm... me parece que vas a tener una sorpresa.*

—*No, Julia, debes estar equivocada con otra persona.*

—*Ay, después cuéntame.*

—*Bueno me voy porque si no llego tarde para dictar la clase.*

—*Está bien, ¿a la tarde nos encontramos para tomar algo?*

—*Así lo haremos.*

Cristine se dirige al aula con pasos presurosos, y al acercarse a la puerta del aula, divisa desde afuera que varias de sus alumnas rodeaban su escritorio y murmuraban en voz alta.

Abre la puerta y generando sonido como si tosiera dice:

—*Cof... cof... buen día alumnas.*

—*Buen día señorita profesora.*

Inmediatamente las alumnas se dirigen a sus pupitres.

Ella se acerca a su escritorio y ve un enorme ramo de rosas rojas. Gira su cuerpo y les pregunta a sus alumnas.

—*Perdón ¿ustedes saben para quien es este ramo?*

Se levanta una de las chicas que estaba en la primera fila y le contesta.

—*Señorita Profesora, creemos que es para usted, debería leer la tarjeta que acompaña al ramo.*

Cuando levanta el ramo para leer lo que estaba escrito, entra la Jefa de Profesores.

—*Buenos días, alumnas.*

—*Buenos días, señora Jefa de Profesores.*

—*Siéntense por favor.*

—*Cristine, acompáñame afuera que te explico... no me diste tiempo... quería comentarte antes que entraras al aula.*

Mientras se lo decía, la tomaba del brazo como forzándola a ir hacia el pasillo que comunicaba a las aulas.

—*Por favor chicas ya regreso, pórtense bien.*

Ya en el pasillo...

—*Te escucho* —le dice Cristine, un poco molesta.

—*Ay... a ver cómo te explico... esta mañana vino muy temprano un hombre vestido muy elegantemente y la verdad muy buen mozo con un ramo de flores. Se paró frente a mi puerta y preguntó por vos. Cuando le pido que me diga su nombre, me contesta que no tenía importancia, que necesitaba que el ramo de rosas fuera dejado en el escritorio del aula, antes que vos llegaras a dictar la clase.*

—*Supusimos, que podía ser un novio tuyo, aunque no nos comentaste nada...*

—*No, formalmente no tengo ningún novio. Pero ¿cómo era esta persona?*

La Jefa de Profesores, mira para un lado y para el otro verificando que no hubiese nadie cerca y en voz muy baja le dice:

—*Bueno en realidad no lo llegué a ver muy bien, pero era muy alto, de pelo castaño oscuro casi negro,*

con unos ojos verdes, sí verdes, ay... se ve que tenía puesto un perfume, un perfume... muy varonil.

Cristine al escuchar lo que le estaban comentando, se incomoda y comienza a toser nerviosamente.

—Cristine, ¿qué te pasa, quieres que te busque un vaso de agua?

—Cof... cof... perdón, pero si yo no escuché mal, cof... dijiste que no lo habías llegado a ver muy bien.

—Bueno, en realidad me hubiese gustado poder charlar un poco más con él, pero me dijo que estaba muy apurado.

—¿Y luego qué hiciste? Cof... cof...

—Lo acompañé hasta el aula, y como estaba vacía, lo dejé entrar para que él dejara el ramo arriba del escritorio.

—¿Y después que pasó?

—Y en realidad nada más, me quedé observando cómo se alejaba rápidamente por el pasillo, con esa silueta tan esbelta... Ahh... la verdad, si yo fuera vos, no lo dejaría escapar. No me acuerdo haber tenido a tu edad, un bombón así.

—Discúlpame, pero me estoy empezando a sentir incómoda, y además tengo que regresar al aula.

—Ahhh... sí tienes razón, pero si en algún momento necesitas tener a una amiga como confidente, yo estoy para escucharte.

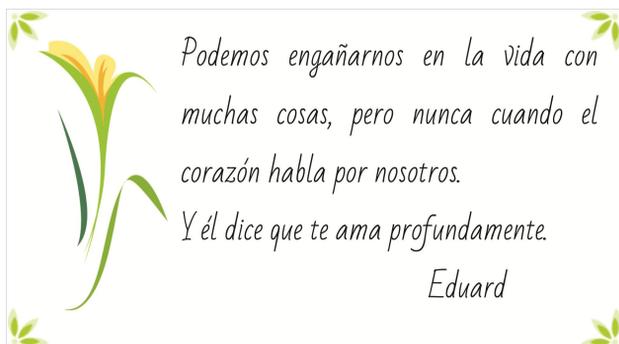
—Sí gracias, te lo agradezco, lo tendré en cuenta.

Cristine ingresa nuevamente, y antes de sentarse coloca el ramo en otra silla que estaba frente a su escritorio, para evitar tentarse de leer la tarjeta delante de sus alumnas.

—Bueno alumnas, comencemos la clase. Habíamos dejado la clase anterior en el tema...

Un rato después se escucha el timbre, las alumnas salen presurosamente del aula, despidiéndose de Cristine, ya que era el recreo más largo del día.

Cuando el aula queda vacía se sienta nuevamente, toma el ramo, desprende la tarjeta y la acerca para poder leer lo que estaba escrito.



Cristine guarda la tarjeta en su cartera, toma el ramo de flores y se dirige hacia su casa, porque la próxima clase comenzaba dentro de una hora y media.

Cuando estaba a una cuadra, le parece divisar a Eduard que estaba parado en la puerta de su casa. Estando a unos metros de él, le dice:

—*Hola Eduard, ¿qué haces aquí parado? ¿No tendrías que estar trabajando?*

—*Hola Cris, estoy en el horario de almuerzo, y vine porque quería verte.*

—*Verme para qué.*

—*Bueno en realidad quería cerciorarme de que hubieras recibido las flores. Por lo que veo me parece que sí. ¿Te gustaron las flores y lo que te escribí?*

—*¿Y eso lo escribiste vos, o lo copiaste de algún lado?*

—*No Cris, es producto de mis sentimientos hacia vos.*

—*Tengo poco tiempo, debo volver a la escuela en un rato.*

—*Cristine, me gustaría que me respondieras si te gustó lo que te escribí.*

—No sé, lo estoy evaluando.

—¿Evaluando? Me estás evaluando como si fuera un alumno tuyo.

—No de esa manera. ¿Quisiera saber cuánto de cierto hay en esas palabras?

—Mira Eduard, vos sabés que para esta fecha estoy muy sensible, porque se cumplen dos años de la muerte de mis padres.

—Cris, te juro que te entiendo y me encantaría poder ayudarte a superar ese estado de angustia que tienes. Solo sé lo que vos me contaste hace un tiempo, que tus padres fallecieron producto de un accidente. Eso es lo único que sé, aunque nunca me explicaste cómo sucedió.

—Entremos a mi casa, necesito tomar algo caliente. ¿Me acompañas, o tienes que irte ya?

—Sí, con gusto, si no te molesta por lo menos una hora puedo quedarme. Luego necesito regresar al trabajo.

Ambos se sientan alrededor de la mesa de la cocina, y se sirven una taza de té. Cristine respira profundamente tratando de tomar fuerzas, con el fin de explicarle como fueron los hechos. Él la observa tranquilo esperando que comience a hablar.

—Imagínate... un día más en tu vida... que amanezcas pensando todo lo que tienes para hacer. Los tres teníamos incorporado una rutina diaria. Mi madre realizando las tareas de la casa, mi padre entregando las encomiendas y yo yendo a dictar clases. Nada hacía suponer lo que iba a terminar sucediendo. Lo único llamativo, era que llovía copiosamente.

Mi padre ese día tenía que realizar unas compras, y como no era habitual que lo hiciera en la semana, mi madre decide acompañarlo, vaya a saber por qué.

Ese fue el último momento que los vi a ambos con vida.

A Cristine los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿Cris, estás segura de querer seguir hablando? Si no dejamos la conversación acá. Aunque en realidad a mí me interesa seguir escuchándote.

—Está bien Eduard, te sigo relatando...

—Había sonado el timbre avisando la hora del recreo, y decido dirigirme a la sala de profesores para tomar algo y comer unas galletitas. Generalmente me quedaba en el aula preparando los apuntes para la clase siguiente. Pero ese día cambié mi rutina, ¿no sé por qué?... pero sentía que lo debía hacer. Entrando a la sala de profesores, escucho a dos profesoras haciendo un comentario sobre un accidente. Vos sabés que es poco frecuente que esto ocurra en nuestra ciudad, pero justamente por ello era el tema del día. Hasta ese momento no prestaba mucha atención sobre el detalle de lo que estaban comentando, porque a mí me da mucha impresión todo aquello que esté relacionado con accidentes.

Mientras tomaba el té mi mente estaba conectada con todo aquello que debía realizar después del horario de trabajo. Ese era un día más como cualquier día, pero en un momento determinado escucho decir a medias, "...sí, el vehículo que chocó contra el camión, era un mercedes blanco...". Es ahí que mi cabeza deja de pensar y me detengo minuciosamente a escuchar, hasta que pregunto nerviosa:

—¿Un Mercedes Benz blanco? ¿dónde ocurrió? ¿tienen algún dato más? ¿de dónde sacaron esa información, alguien me puede decir? —Cris lo pregunta en voz alta.

—Empecé a sentir palpitaciones y una sensación de profunda angustia. Mis manos de golpe se pusieron sudorosas, pero cuando levanto la vista veo en la puerta de la sala parados, a la Jefa de Profesores, el

Director del Establecimiento y a un policía acompañándolos.

De repente los profesores y profesoras que estaban a mí alrededor se separan de mí, formando involuntariamente un círculo, dejando un espacio franco para que las autoridades que estaban en la puerta pudieran ingresar.

Nunca me voy a olvidar la expresión de la mirada del Director, su cara lo decía todo, era una combinación de angustia, dolor, compasión e impotencia.

Yo miro a mis compañeros, como diciéndoles, por qué me miran todos a mí, y cuando veo que la Jefa de Profesores se acerca para abordarme, mis piernas se doblan hasta terminar de rodillas en el piso.

Ella también se arrodilla y me dice:

—Cristine, no sé cómo decirte esto, tus padres... sí, tus padres... tuvieron un accidente.

—¿Cómo tuvieron accidente? ¿qué accidente? ¿dónde... dónde sucedió, me pueden decir cómo están, necesito saber, por favor me pueden decir...?

El policía se acerca y en voz muy baja me dice:

—Disculpe señorita, necesito que me acompañe al lugar del accidente.

—¿Cómo al lugar del accidente, mis padres no están hospitalizados? ¿dónde están internados? necesito saberlo.

—Para ese momento todos se habían retirado de la sala quedando solamente el director, la jefa de profesoras, el policía y yo.

—El policía me toma de los hombros, me abraza y con voz pausada me dice:

—Créame que lo siento mucho...

Por un instante Cristine deja de hablar, su mirada se pierde en la nada misma y su mente le juega una mala pasada retrocediendo en el tiempo. Ella siente

que vuelve a estar ahí en el lugar, se ve llorando y gritando...

—¿Qué me está tratando de decir? No... No... no puede ser, debe ser una confusión, no me puede estar pasando esto. ¡Nooooo... Dios mío... a mi noooo!

Todo era muy extraño, ella se veía como si la otra persona no fuese ella, hasta que Eduard la agarra del brazo y le dice:

—Cris, Cris, ¿qué te pasa, estás bien, te pasa algo? dejaste de hablar y observé que tenías por un momento la mirada perdida.

—Disculpa, sentí que me trasladaba hacia atrás en el tiempo. Bueno... disculpa... —Entonces respira profundamente y le dice:

—Te sigo narrando.

—En el momento que me abraza para decirme que lo sentía mucho, mi reacción inmediata fue negar todo, me puse a gritar y llorar y a partir de ahí no me acuerdo nada más. Dicen que me desmayé, y que estuve varias horas inconsciente en el hospital. Me contaron que los médicos me mantuvieron sedada por temor a que mi salud se deteriorara.

Al día siguiente un Tío, hermano de mi madre vino a buscarme, para llevarme al velatorio.

La familia ya se había encargado de todo, que por otro lado creo yo que jamás lo podría haber hecho. Como todavía estaba con los efectos de los sedantes, sentía que una parte de mi cuerpo levitaba y que me costaba entender lo que me decían.

Mientras los familiares y amigos se acercaban para darme el pésame, yo ingresaba lentamente a la sala donde se encontraban mis padres.

Entonces veo que ambos cajones estaban cerrados. En ese momento no me animé a preguntar por qué.

—¿Quieres parar acá, mi intención no es traerte al presente este recuerdo tan triste de tu vida?

—No sé, solo necesito sacarlo para afuera, nunca más hablé con nadie sobre esto después del fallecimiento de mis padres.

—¿Cuál fue el motivo para que ocurriera el accidente?

Cristine, lo mira fijamente a Eduard, con la mirada perdida, y se toma un tiempo para responderle.

—Según me contó mi tío, que leyó el informe de los bomberos, el vehículo se pasó al carril contrario en forma brusca. Según el testimonio del conductor del camión, que después lo pudieron corroborar en el lugar del accidente, en el pavimento había una mancha de aceite bastante grande, y eso hizo que el vehículo perdiera totalmente el control.

Como el choque fue frontal, los bomberos estuvieron varias horas luchando con la carrocería para poder sacar los cuerpos de mis padres de adentro del habitáculo.

Ahí entendí por qué los cajones estaban cerrados.

Después del entierro, estuve aproximadamente un mes con licencia, encerrada en mi casa, porque no podía salir del estado de depresión que tenía.

En ese momento, por mi cabeza se me cruzaban todo tipo de sentimientos, sentía que una parte de mi vida se había ido con ellos, y que no aceptaba la realidad que me tocaba vivir. Más aún, cuando pensaba que estaba en una etapa de mi vida que los seguía necesitando mucho. Además de preguntarme si los había disfrutado lo suficiente, culpándome a mí misma por no haberme despedido de ellos.

No sé, pero sigo sintiendo que una parte de mi cuerpo se fue con ellos, y hasta que mi alma no esté en paz, no voy a volver a ser una persona plenamente feliz.

—Cristine, no hay un tiempo determinado en la vida para elaborar un duelo, y más aún cuando eso implica

la pérdida de tus padres. Deberías darte un tiempo, y si es necesario recurrir a algún profesional para que te pueda acompañar y orientar en este momento de tu vida.

—Gracias, Eduard, pero veo que me ha hecho muy bien poder transmitir lo que siento y que me hayas sabido escuchar. Anda por favor, que si no se te va a hacer tarde, yo también tengo que volver a la escuela. Y gracias nuevamente.

—Cris, cuando quieras, nos vemos.

Ella se acerca y con las manos lo toma de la cara y le dice:

—Eduard, yo te llamo, y gracias por las flores, son hermosas, y lo que escribiste me hizo sentir muy bien.

Después de haber trascurrido un mes Cristine y Eduard, deciden ir un sábado a pasar el día entero al Castillo Schattenburg. Él había reservado con tiempo en el restaurant del primer piso llamado Schlosswirtschaft, para que después de recorrer el museo pudiesen ir a cenar. (4)

(4)El Castillo Schattenburg cuyo origen data del siglo XVI, después de varias remodelaciones lo convirtieron en un museo, siendo la estructura más llamativa de la ciudad y un símbolo indiscutido de Feldkirch. A la vista es un castillo hermoso, con sus imponentes murallas, una impactante Torre del Homenaje, y su particular patio interno, donde estaba rodeado por un total de 17 habitaciones.

Sábado 20 de septiembre de 1980
9:30 horas

Cristine decide llamar por teléfono a Eduard.

—Eduard, buen día. ¿Cómo estás?

—Hola Cristine, uhaah...

—Eduard, no me bosteces por teléfono por favor.
¿Qué pasa, estás con sueño? ¿Saliste ayer con tus amigos?

—No, Cris, solo estoy cansado porque no dormí bien.

—Si saliste prefiero enterarme por vos.

—Cris, volví del trabajo y me quedé en mi casa. Disculpa, cambiemos de tema, me llamaste supongo que para algo.

—Sí, quería saber a qué hora nos vemos para ir al Castillo, tengo que hacer varias cosas antes.

—¿Qué cosas...?

—Cosas de mujer.

—¿Por ejemplo...? —le pregunta Eduard.

—Ver cómo voy vestida, qué zapatos me pongo, la bijouterie, pintarme, probar los distintos perfumes, es decir, tal como te dije antes, cosas de mujer.

—De solo escucharte, ya quedé cansado.

—Bueno Eduard, no me dijiste todavía qué tienes pensado.

—Mi idea es comenzar recorriendo los alrededores del castillo, para llegar luego hasta el patio interno. Ahí podríamos hacer una primera parada y como hay unas mesitas con sillas, tomaríamos unas cervezas. Después con un guía recorreríamos las habitaciones hasta llegar a la parte más alta del castillo.

Ahí empezamos a descender hasta llegar al restaurant. Te comento que ya realicé una reserva.

—Cris, si no te gusta lo que programé, decime. Tal vez lo visitaste tantas veces que este paseo te parece aburrido.

—No, Eduard para nada, solamente fui una vez en mi vida, y me llevaron mis padres siendo muy pequeña. Prácticamente no tengo un recuerdo del lugar, y como nunca tuve a alguien que me quisiera acompañar, ir sola no le encontraba ningún atractivo. ¿Y vos sí lo conoces?

—Bueno, sí, en realidad lo conozco bastante, en algún momento trabajé poco tiempo en el restaurant, y en la hora de descanso me dedicaba a recorrer cada rincón del castillo.

—Entonces si lo conoces tanto porque me propusiste ir a este lugar ¿No te vas a aburrir?

—Para nada Cris, cada rincón tiene su historia y es sumamente acogedor. Créeme que te va gustar mucho.

—Entonces ¿a qué hora nos encontramos?

—El castillo abre hoy sábado de diez a diecisiete horas, si no te parece mal, te paso a buscar a las trece horas, para que nos quede suficiente tiempo para recorrerlo y después ir a cenar.

—Bueno, creo que ese tiempo es suficiente para poder arreglarme.

—¿Entonces a las trece?

—Sí a las trece, te espero.

A las trece y quince minutos Eduard toca el timbre de la casa de Cristine. Él estaba vestido con una camisa, pantalón sport y mocasines y ella con un jean y una blusa floreada.

—¿Llegué bien Cristine, o se me hizo un poco tarde?

—No Eduard, está bien, si llegabas antes ibas a tener que esperar porque me estaba arreglando.

—Qué linda te ves, estás realmente hermosa.

—*Gracias Eduard, vos también estás muy elegante.*

Él se agacha para tomar unas rosas que había dejado apoyadas en el frente de la casa, sobre una pared para que no se vieran.

Cuando Cristine se acerca él la sorprende entregando las flores.

—*Cristine, son para vos.*

—*Ay gracias, qué hermosas son.* —Ella se las acerca y las huele.

—*Ay no lo puedo creer, son perfumadas.*

—*Sí Cristine, me costó bastante conseguirlas, pero valió la pena Espero que sean de tu agrado.*

—*Sí estoy muy contenta.* —Mientras lo decía ella observaba los capullos que eran de color rosa intenso y llenos de pétalos.

—*Mejor las coloco en un florero con agua, espérame un minuto y nos vamos.*

Treinta minutos más tarde llegaban a la puerta del castillo.

—*Dime Eduard ¿por dónde comenzamos? Porque por lo que comentaste lo conoces bastante.*

—*Mira Cris... te había contado que el castillo tenía un patio interno. Este lugar me resulta muy atractivo porque tiene canteros con flores en los balcones y una fuente con agua en el centro, además unas sombrillas con colores que hacen juego con el tapizado de las sillas y mesas.*

—*¿Qué te parece si primero visitamos el patio y luego nos unimos a algún guía que nos explique cada rincón del castillo y el significado de cada habitación?*

—*Está bien, manéjalo vos y hacé de cuenta que yo soy una turista.*

Comienzan a recorrer un pasillo largo e inclinado hasta llegar al patio interno. Se sientan a la espera de que los atiendan. Después de unos minutos...

—*Disculpen, les traigo una carta.*

—*Sí gracias.* —Ambos se ponen a leerla hasta que el mozo vuelve aparecer.

—*¿Tienen decidido lo que van a pedir?*

Eduard se adelanta antes que Cristine respondiera, y le dice:

—*¿A ver, que te parece Cris, tomamos unas cervezas?*

—*Bueno, no era lo que había pensado, pero está bien, pidamos unas cervezas.*

—*Entonces dos vasos de cervezas grandes y bien frías.*

—*¿Grandes Eduard? Sí Cris, disfrutemos este momento.*

—*Mira, que yo con un poco de alcohol empiezo a decir incoherencias.*

—*No te preocupes y relájate, vas a ver que esta cerveza tiene poco alcohol.*

Habían transcurrido unos cuarenta y cinco minutos y mientras él le contaba anécdotas graciosas de su trabajo, ella no paraba de reírse.

—*Ja. Ja. Jaaa... por favor Eduard, detente que me duele el estómago de tanto reírme, realmente es muy gracioso lo que me cuentas.*

Vuelve el mozo.

—*Disculpen ¿desean algo más?*

—*Sí tráiganos dos vasos más de cerveza.*

—*Eduard, ya estoy un poco mareada, tomá vos si quieres.*

—*Cris, que nos traiga un vaso más para cada uno y toma lo que quieras.*

—*Entonces, disculpen ¿qué les traigo?*

—*Tráiganos dos vasos y la cuenta.*

—*Entonces como te estaba contado, Ja, Jaa, Jaaa... tenías que ver la cara de susto que puso mi jefe al abrir el cajón de su escritorio y ver a una pequeña marmota, caminando en el cajón donde guardaba las*

galletitas. Fue tal el salto que dio hacia atrás que terminó en el piso. Por suerte no se lastimó.

—¿Y no se dio cuenta, quien se la había puesto?

—No, enseguida a los gritos empezó a llamar al personal de mantenimiento para que se la sacaran.

—¿Y el resto del personal?

—Agachando la cabeza se escondieron debajo de sus escritorios riéndose a carcajadas.

—Pero si se enteraba que fue intencional, ¿podría terminar despidiendo a alguien?

—Y sí seguramente. ¿Pero cómo lo probaría?

—Esto no habrá sido idea tuya ¿no?

—Bueno yo he hecho bromas peores que estas a algunos de mis compañeros, pero en este caso yo no fui.

—Bueno en realidad tampoco me interesa saberlo, pero sí, fue muy divertido.

—¿Eduard, ya pagaste?

—Sí, lo hice cuando fuiste al baño.

—¿Te pasa algo Cristine que te frota las piernas?

—Es que tengo la sensación como que no las siento. Me parece que tomé demás.

Eduard le tiende la mano para ayudarla a pararse y nota a Cristine mareada.

—Cris ¿estás bien, o quieres sentarte otro rato antes de recorrer el castillo?

—No, está bien.

Mientras lo decía, su cuerpo se inclinaba de un lado para el otro, por lo que Eduard percatado decide tomarla del brazo y no soltarla.

Cristine empezaba a sentir los efectos del alcohol.

—La verdad Eduard, la cerveza estaba buuueniisi-maaa, no sé qué te pareció a vos, jaa, jaaa. Te veo un poco serio. ¿Qué te pasa?

—Cris, a mi nada, me parece que estás media chispeada.

—Yooo, paaara naaada, solo estoy un poco alegre, nada masss.

No muy convencido, decide igual ir a buscar al guía y empezar a recorrer el castillo.

Cuando se acercaban a un grupo de turistas, Eduard la ayudaba a caminar tomándola fuertemente de su brazo. Después de una caminata por pasillos internos del castillo, llegan a la primera sala. El guía se para en la puerta y les dice:

—Disculpen por favor, necesito que nos agrupemos lo más posible para que me puedan escuchar, gracias.

—Si guardamos silencio unos segundos, gracias nuevamente.

Vamos a comenzar con una breve reseña sobre el Castillo Schattenburg.

El castillo de Schattenburg es uno de los castillos más bonitos de toda Austria, está situado como ustedes sabrán en esta ciudad, es decir, Feldkirch, y que corresponde al estado federado de Vorarlberg. La construcción del castillo data aproximadamente del siglo XII.

El proyecto estuvo asesorado por Hugo de Monfortsu primer propietario, quien utilizó las instalaciones para controlar el tráfico de la gente y mercancías a través de los pasos de montaña que llevan hacia el este y el sur del país.

Acá hagamos una pausa para entender que en aquel momento, la totalidad de productos se transportaban en carros o a pie, por lo tanto la tarea de vigilancia se hacía bastante simple, y de ahí el lugar estratégico de este castillo.

Con el correr de los años, el edificio fue necesitando tareas de mantenimiento; lógicamente, con cada intervención el estilo arquitectónico fue variando hasta llegar a convertirse en lo que es actualmente, un museo de historia local.

Como van a ver en sus interiores se exponen distintas colecciones de arte gótico, pinturas y esculturas, armas de guerra y objetos relacionados con la vida medieval de Feldkirch. Se puede ver mobiliario típico, herramientas de uso cotidiano, platería, vajilla y adornos de todo tipo.

Aunque las piezas exhibidas son interesantes, el principal atractivo es justamente su arquitectura. El recorrido por las salas y habitaciones es muy encantador y lo vamos a ir viendo en la medida que avancemos en el recorrido.

También su patio interno, completo de escaleras y balcones hacen del lugar un espacio cálido y acogedor, y el restaurante de primer nivel donde sirven platos típicos austríacos, si alguno gusta ir, le recomiendo hacerlo después de realizar el recorrido al castillo, con previa reserva porque las mesas son escasas.

—¿Alguien desea realizar alguna consulta?

Una pareja que estaba bastante atrás, levanta la mano.

—Sí, nosotros.

—Los escucho.

—Sí... Queríamos saber si es cierto que la ciudad e inclusive el castillo sufrieron varios incendios.

—Sí es cierto, de ahí que se tuvieron que reconstruir algunas partes del mismo.

—Ahora estamos en la llamada "Sala Gótica", es la única habitación del castillo que todavía mantiene sus características del gótico final.

En la parte inferior, junto a la estufa, hay un horno de cinco pies, incluyendo cabezas de león...

Mientras el guía hablaba, Cristine se sostenía colgándose prácticamente sobre Eduard, tenía un brazo sobre el hombro de él, y con el otro brazo no paraba de pellizcarle la cintura.

—Cris, Criss, por favor compórtate, si no estás bien nos vamos y venimos otro día. —Él se lo decía en voz muy baja y al oído.

—Aaay, qué te pasa si no estoy haciendo el ridículo, solo estoy un poco mareeeada, es más, más que mareada, estoy felizzzz.

—Cris, shhh, habla más bajo, que los demás nos escuchan.

—Perdooónn, señor Guíííaa. —Eduard la mira fijamente a los ojos como suplicándole que no hablara, pero para ese momento ya era tarde, porque el guía había parado su disertación, y el resto de la gente había focalizado su atención en ella.

—Perdónnn, no sé por qué me miran así, solo quiero realizar una pregunta. —Mientras ella lo decía la gente la observaba con una mirada casi inmutable.

—La escucho atentamente —le dice el guía.

—Ahí va la preguuunta. ¿Me puede decir cómo podía vivir la gente de esa época en un lugar tan frío y abuuurrído, rodeados de estatuasss, escuuudos?

Eduard baja la cabeza, y con una mano se tapa la cara, evitando ser parte del ridículo.

El público ahí presente se empieza a reír a carcajadas. El guía se abre paso entre la gente y parado frente a Cristine le dice:

—Por favor, un minuto de silencio.

A ver, todo visto con una mirada contemporánea se nos hace bastante difícil entender cómo era la vida en aquella época, empezando por la vestimenta, la comida, los entretenimientos, etc., etc., pero como no se conocía otra cosa, la gente era feliz con lo que tenía, y eso mismo nos sucedería si nos trasladamos en el tiempo unos quinientos años y lo aplicamos con una misma mirada, seguramente dirían lo mismo que usted está diciendo.

El guía retrocede y sigue explicando a los presentes:

—Bueno, entonces les sigo explicando. En esta sala se pueden admirar estatuas religiosas medievales de iglesias y capillas del espacio de Feldkirch. Desde la entrada de la habitación se ven un escudo de armas y el escudo rojo—blanco—rojo de los Habsburgo...

—Eduard acércate, que no quieero que me escuchan.

—Shhh, Cristine, por favor salgamos.

—No entendí naada. ¿Me queerés explicar qué me quiso decir?

—Mira Cris, dudo que entiendas algo en el estado en que estás, salgamos a tomar un poco de aire. Yo conozco la parte más alta del castillo donde hay una torre. Ahí te va a venir bien estar un rato descansando. Ven que te llevo, debemos ascender por una escalera. El lugar bien lo merece porque tiene una hermosa vista de la ciudad vieja. Allí te vas a sentir mejor.

—Noo seee, me vas a tener que ayudar.

Cristine vuelve a sostenerse de Eduard y emprenden el ascenso, dejando muy atrás el contingente de turistas.

Después de un rato logran llegar a la torre. La vista era de una belleza increíble, se parecía a la imagen de un cuento de hadas. Mientras ella observaba la ciudad, Eduard parado detrás le cruza sus manos y la toma de su cintura. Arrima su cuerpo y suavemente la abraza. Acerca su cara y con una voz suave como una briza de aire le susurra:

—Cris, respira profundamente y retiene el aire.

—¿Para qué quieres que lo haga?

—Hacedme caso, que te va a hacer bien.

Ella respira y retiene el aire en sus pulmones, luego lo exhala suavemente.

—Ahora cierra los ojos, y escucha este profundo silencio, necesito que todos tus sentidos se agudicen.

Ella le hace caso, cierra sus ojos y empieza a respirar muy pausadamente.

—Ahora que los tienes cerrados, dime ¿qué sentís?

—Huelo el perfume de unas flores.

—¿Y qué más?

—Y siento la brisa del aire que acaricia mi piel.

—¿Y algo más?

—Sí, una paz inmensa que pareciera que se hubiese adueñado de mi alma.

Entonces él gira suavemente su cuerpo y tomándola de la cara con sus dos manos, acerca sus labios a los de ella, la mira a los ojos y la besa apasionadamente.

Cristine lo abraza fuertemente, entregándose totalmente a él.

Eduard empieza a besarla en el cuello suavemente, luego la lleva sobre un costado del muro de la torre, y agachando levemente su cuerpo besa sus pechos.

Cris, le levanta la cabeza con las manos, lo lleva contra su cara para besarlo desenfrenadamente. Le abre la camisa bruscamente.

—Cris, un momento por favor, para... esto es una locura, pueden vernos.

Ella lo mira a los ojos y sin titubear le dice:

—Ya no me importa, terminemos lo que comenzamos.

Él mira para un lado y otro, ve la hora en su reloj y le dice:

—Ya estamos sobre la hora de cierre, no creo que nadie más suba.

Ella lo vuelve a agarrar fuertemente de la camisa y le susurra al oído:

—No desperdicies más el tiempo.

Lentamente pierde el contacto con su entorno, sintiendo que se traslada a un mundo imaginario, cubier-

to por neblina sin ningún otro objeto a su alrededor. Su cuerpo se alza lentamente con sus brazos abiertos, hasta que poco a poco comienza a descender y cuando esto ocurre, varios hombres aparecen detrás de la neblina hasta rodearla.

Yace en el piso con la postura de un cisne, dejando que los hombres desnudos la empiecen a acariciar.

Y así Cristine había logrado llegar con su deseo y fantasía, a un clímax ideal.

Después de unos minutos y ya ambos visiblemente agitados y traspirados, se besan apasionadamente sellando nuevamente su pacto de amor.

Luego él tratando de recuperar la respiración toma con las manos la cara de Cris y mirándola a los ojos le dice:

—Crisss, por favoor arreglémonos que en cualquier momento viene el personal para verificar que en este sector no quede nadie y así cerrarlo.

—Sí, está bien.

Empiezan a vestirse, cuando él intenta abrocharse la camisa se da cuenta de que le faltaban algunos botones, mira el piso tratando de encontrar algunos.

—Me faltan botones de la camisa ¿Ahora cómo hago para cerrarla?

Ella empieza a reírse tapándose la boca.

—Cris, no sé de qué te reis, decime cómo bajo ahora, recuerda que sacamos una reserva para el restaurant.

—No, está bien, discúlpame, déjame buscar en mi cartera, tal vez encuentre algún alfiler de gancho que nos pueda salvar la situación.

—Por favor rápido, que si nos encuentran vamos a pasar un mal momento.

—Sí, está bien, acá están, menos mal que tengo algunos. Déjame que te los coloco.

—Por favor ten cuidado. ¡Ayyy... me pinchaste!

—*Disculpa... no te muevas. Ves ya está, quédate quieto que te peino un poco. Ahora estás mejor.*

—*Decime Cris... ¿Cómo te sentís?*

Ella le toma el rostro con sus manos y con una sonrisa le dice:

—*Sí, tenías razón este lugar es mágico.*

Él la mira sonriéndose también y le da una pequeña palmada.

—*Vamos, que podemos perder la reserva.*

Cuando llegan al restaurant se paran en la puerta, se miran para cerciorarse de que estuviesen presentables.

—*¿Entramos?*

Sí, por favor que tengo mucho apetito.

—*Disculpen ¿tenían una reserva?*

—*Sí, a nombre de Büchel y Lorenz.*

—*Por favor, un segundo que verifico.*

Ahhh sí... pasen, la señorita les va a indicar cuál es su mesa.

—*Gracias.*

—*Por aquí señores.*

—*Esta es su mesa, ya le traemos las cartas.*

—*Gracias nuevamente.*

—*Cris, en este lugar tienen una cocina con comidas típicas de Austria e inclusive aquí tienen el famoso Schnitzel.*

—*Bueno, cuando nos traigan la carta, vos que conoces el lugar, me leés cuáles son los platos favoritos.*

—*Señora, señor, por favor aquí están las distintas cartas, la de las bebidas, la de los distintos tipos de menú, y la de los postres. Ahh, si tienen decidido qué tomar y me quieren hacer el pedido, gustoso se los traigo.*

Ella se adelanta, y le dice a Eduard.

—*Nada que tenga alcohol. Yo quiero un agua mineral.*

- Entonces dos aguas minerales.
—En unos minutos se las traigo.
—¿Cris quieres que te lea?
—Bueno oriéntame.
—Entonces arranquemos por el principio.

Menú

Menú I

Sopa de carne con tortitas caseras
Tradicional Schattenburg Schnitzel, (milanesa de 30 cm)
Strudel de manzana de la pastelería castillo

Menú II

Sopa de carne con albóndigas de hígado
Medallones de carne de cerdo en salsa de pimienta
con pequeñas verduras y croquetas
Coupe Denmark

Menú III

Sopa de carne con Kaiserschöberl
Goulash de ternera con Spaetzle
Panqueque con mermelada de albaricoque

Menú IV

Sopa de carne con fideos
Cocinado Cavalier Spitz (pieza Gusto de carne de vacuno)
con crema de espinacas y patatas asadas
Albóndigas de Bohemia con salsa de vainilla

Menú V

Sopa de ternera con albóndigas de sémola
Filete de pollo frito con salsas naturales palitos de zanahoria y arroz basmati
Strudel de olla con helado de vainilla

Eduard, da vuelta las hojas del menú la mira a Cristine y le dice:

—Cris, hay dieciocho tipos de menú distintos, si te tengo que leer todos, cuando termino nos tendremos que ir porque cierran el restaurant.

—Por favor míralos y decime qué te pido.

Ella empieza a leer detenidamente y después de unos minutos lo mira a Eduard y le pregunta:

—Mmm, a ver... ¿Decime cuál es un plato abundante?

—Me parece que el menú I, es realmente muy abundante.

—Bueno pedídmelo.

—¿Y vos?

—También quiero lo mismo.

El mozo se acerca.

—Disculpen ¿tienen decidido qué van a pedir?

—Sí, dos menús I.

—¿Dos no es mucho? miren que son muy abundantes los platos.

—Está bien, estamos con mucho apetito.

—Entonces se los encargo ¿Algo más desean?

—No, por ahora nada más.

—Ayyy, Eduard, espero que no tarden mucho, porque siento que me desmayo.

—Cris, vamos a tener que armarnos de paciencia, mira la cantidad de gente que hay.

Después de una hora y media y habiendo comido, se retiran del restaurant.

—Cris ¿qué te parece si caminamos un poco? la noche esta hermosa.

—Sí, aparte necesito hacer la digestión. Los platos estaban exquisitos, es realmente un lugar para recomendar.

—¿Te acordabas de algo?

—No, en realidad tenía una vaga imagen, ya te había comentado que cuando visité el lugar, era muy chica.

—Ahora que lo pienso ¿Tenías todo estudiado?

—¿De qué me hablas Cris?

—Vos sabes de qué te hablo, me llevaste a tomar cerveza de entrada, y eso que te dije que si tomo alguna bebida con alcohol, rápidamente me desinhibo y me convierto en una persona vulnerable.

—Cristine, la idea era disfrutar el momento, me parece que estás imaginando cosas que no son.

—Y lo de la torre ¿también es mi imaginación?

—¿Vos pensás que yo orquesté todo para llegar a esa instancia? ¿No podés pensar que fue algo espontáneo?

Ella se acerca y lo mira a los ojos fijamente.

—No sé, por momentos algo en mi interior me dice que solo me convierto en un objeto al que quieres alcanzar.

—No te entiendo ¿me podés explicar?

—Sí, un objeto de deseo. Yo siento que mis comportamientos son espontáneos, pero no siento lo mismo de tu lado.

—Entonces Cris, los afectos ¿dónde encajan en nuestra relación, me estás diciendo que solo siento por vos una atracción física?

—Mira Eduard, no sé, pero preferiría no enterarme, pues sufriría mucho. Además, me comentaste que al castillo lo conocías con los ojos cerrados.

—Bueno, no te lo dije de esa manera.

—No, con esas palabras, pero así me lo diste a entender. ¿O estoy equivocada?

—No, yo te dije que lo conocía mucho, porque había trabajado un tiempo en el restaurant.

—Pienso que esto puede ser una práctica habitual tuya.

—¿Cómo una práctica habitual? explícate por favor.

—Sí, es simple... ¿Con cuantas mujeres realizaste la misma caminata y terminaste en la torre del castillo? Conocías perfectamente los tiempos de los guías y recorridos, y supiste cuando debíamos despegarnos del contingente de turistas para ir directamente a la torre. Quieres que te diga, ahora veo las cosas más claras.

—Cris, por favor pasamos una velada hermosa, no arruinemos este momento.

Mientras caminaban tomados de las manos yendo para la casa de Cristine, ella en un momento le suelta la mano como ofuscada.

—Cris, Criss, por favor, escúchame, no me parece justo lo que me estás diciendo.

—Apurémonos que quiero llegar a mi casa lo antes posible. Quiero darme un tiempo para pensar, porque con esta es la segunda vez que llegamos a una misma instancia en la que ambos terminamos en una situación descontrolada.

—Cris, te estás enojando, y esto no es bueno para ninguno de los dos.

—Ves, a esto me refiero, parece que encuentras las palabras que encajan correctamente para dar una respuesta perfecta, pero no creo que nazca de tus sentimientos.

—Bueno Cris, me rindo, ya estamos en la puerta de tu casa. Decime si mañana te puedo llamar.

—No, yo te llamo, y si no te llamo no me llames.

—Está bien Cris, lo que vos digas.

Él le da un beso en la mejilla, ella se da vuelta y se va. Mientras iba caminando por el pasillo hacia la puerta principal de su casa, balbuceaba en voz baja:

—No puede ser, volví a caer en la misma trampa, siempre creyendo en los cuentos de hadas, como puede ser que no me percaté antes. Soy una estúpida.

Abre la puerta y la cierra bruscamente, va hacia la cocina, tira las llaves arriba de la mesa, corre la silla y cuando está sentada, empieza a golpear con la mano y el puño la mesa, una y otra vez.

—*No, no, otra vez no.* —Se tapa la cara angustiada y así se queda un largo rato, hasta que decide irse a dormir.

Al día siguiente y siendo el mediodía, Eduard llama a Cristine por teléfono.

—*Hola, sí, ¿quién habla?*

—*Cris, soy yo Eduard... ¿Cómo estás, podés hablar ahora o te llamo más tarde?*

—*Está bien, no estaba haciendo nada en este momento.*

—*¿Cómo dormiste, pudiste descansar bien?*

—*Sí, más o menos, me desperté varias veces a la noche, realmente estaba un poco alterada. Me quedé enganchada con parte de lo que conversamos antes que te fueras.*

—*¿Aún seguís con ese tema, pensé que lo habías superado?*

—*Eduard, hasta que no tenga claro algunas cosas sobre vos, y que cuando lo abordemos, no las trates con tanta liviandad, no voy a poder confiar plenamente. Sabes que para mí son temas muy profundos, aunque tenga que admitir que yo tengo una parte de culpa, porque soy una persona insegura. Pero por otro lado, veo que parte de esa inseguridad está fomentada en cómo cada uno de nosotros expresa los sentimientos.*

—*A ver Cris, si fueras un poco más simple, pues no termino de entenderte... o este no es mi día.*

—*Mira Eduard, deja por un lado nuestra afinidad física, como para decirlo de alguna manera, que la hay y es intensa.*

En la relación de una pareja lo que manda son los sentimientos, lo otro es como si fuera un gran destello de luz, que puede hasta en algún momento llegar a encegüecernos. Pero eso solo no perdura en el tiempo. En cambio, cuando hablamos de los afectos y los sentimientos profundos y genuinos, y los alimentamos en la medida que pasa el tiempo, eso es más fuerte que la llama del deseo. Ahora ¿entiendes qué es lo que te quiero decir?

—Ahhha claro, a ver, sí, lo único que por ahí disiento con vos es cómo lo explicas.

—A ver, ahora yo no te entiendo.

—Sí Cris, para mí uno más uno es igual a dos, y para vos, es la resultante de cuatro menos tres más uno.

—Ahh... ¿Entonces quieres una explicación más directa?

—¿Sí, podés decirla?

—Por supuesto.

—Simple... mucho sexo sin contenido, queda solo en sexo. ¿Ahora lo entiendes?

—Bueno, ahora fuiste muy directa.

—Es que vos Eduard, soles ser únicamente un camino de ida, mientras que yo, que también tengo un camino de ida, necesito a diferencia tuya tener uno de vuelta, que no es otra cosa que dar y esperar recibir.

—A ver Cris, si no te parece mal y cambiamos de tema.

—¿Y qué quieres hablar?

—Sí, ¿qué vas a hacer hoy?

—Hoy, tengo mucho para hacer, desde limpiar, lavar, planchar, ordenar la casa, cosa que no puedo realizar en la semana porque no me queda tiempo.

—¿Y cuándo te queda tiempo para salir?

—No, no creo que me alcance el día.

—Qué lástima ¿por qué tenías planes?

—Guárdalos con siete llaves para la próxima vez.

—Eso que dijiste, ¿lo tomo como una broma?
—¿Qué pasa, ahora el serio sos vos?
—No para nada, te llamo en la semana y coordinamos para encontrarnos a tomar algo. ¿Estás de acuerdo?
—Sí, nos hablamos, besos.
—Ok, besos.

Después de una semana donde ambos habían decidido tomar cierta distancia, resuelven finalmente encontrarse un mediodía en una confitería cerca del colegio donde Cristine dictaba clase. Tal vez esta sería una oportunidad para tratar de recomponer la desgastada relación entre ambos. Cris esperaba sentada en el interior de la confitería la llegada de Eduard.

—*Cris, ¿cómo estás?* —Mientras él se lo decía la saluda con un beso en la mejilla y se sienta.

Se acerca el mozo.

—*¿Disculpen, vieron la carta, o vengo en un rato?*

—*No, no se vaya pues vamos a estar poco tiempo, déjeme ver.... sí, para mí tráigame un té y vos Eduard ¿qué quieres tomar?*

—*Un café con crema estaría bien.*

—*¿Desean algo más?*

—*No, gracias.*

—*Enseguida se los traigo.*

—*Te respondo Eduard a lo que me preguntaste, en realidad bien, pero tuve una semana muy intensa de trabajo. ¿Y a vos cómo te fue?*

—*Ahí, más o menos.*

—*¿Por qué?*

—*¿No sé si te acordarás lo que te relaté sobre la broma que le habían hecho a mi Jefe?*

—*Sí.*

—*Convencido de que no fue una casualidad, inició una investigación interna, para ver quién fue el que le puso la pequeña marmota.*

—*¿Y qué paso?*

—*Por lo que vemos todos, está avanzando en la investigación y cada vez está más cerca de encontrar quién fue.*

—*¿Y vos sabés quién fue?*

—*Saber a ciencia cierta no lo sé, pero puedo llegar a adivinarlo. Hay un grupo de compañeros que están*

generando pistas falsas sobre alguien en particular, y supongo que lo hacen para cubrirlo.

Se acerca el mozo a la mesa con el pedido.

—Si me disculpan, aquí está el té para usted señora, y para el señor su café con crema. ¿Se le ofrece algo más?

—No, nada más y muchas gracias.

—Espero que no encuentren al que fue, porque a veces hacemos cosas sin medir las consecuencias. ¿No es así?

—Sí tienes razón, a veces es así.

—Y a todo esto... ¿Qué es lo que te moviliza tanto?

—Es que una situación insignificante como esta, se convirtió en un tema recurrente en la oficina, y nos sacó de eje. En vez de concentrarnos en el trabajo, estamos todos pendientes si descubren a quien lo hizo.

—Y además del trabajo. ¿Cuéntame algo de vos, qué estuviste haciendo estas dos semanas?

—Mira Cris, nada en particular, tal vez pensando un poco en todo lo que nos ha sucedido en este último tiempo.

—¿Podés puntualizar un poco más?

—Sí, en realidad te siento distante, es como si la pareja hubiese entrado en una meseta ¿No sé qué piensas vos?

—Mira, yo pienso que nada es producto de la casualidad, algo debes o debemos haber hecho para que las cosas estén como están hoy.

—Cris, a ver yo no digo que en parte no tengas razón, pero por momentos siento que tu nivel de exigencia hacia mí es elevado.

—Eduard, voy a tratar de explicarlo a través de un ejemplo simple.

—Sí, te escucho Cris. —Eduard se lo decía, mientras entrecruzaba sus brazos y fruncía su ceño con un gesto de enfado.

—A ver, como ya te expresé en otras oportunidades, nosotros somos como un líquido que está en permanente ebullición, y con esto te trato de decir que existe una buena química en la pareja. Pero te pregunto... ¿Cómo haces para que este líquido no se esparza sin algo que lo contenga?

—Ahí vamos de vuelta con las metáforas.

—Eduard estoy intentando ayudarte a que razones.

—Sí Cris, por supuesto, se necesita un recipiente. Ahora explícame la relación por favor.

—El recipiente es todo el resto que no está relacionado con la buena química que tenemos, y como lo hablamos otras veces.

—¿Y qué es lo que vos llamas el resto?

—Es tan simple como, "que te tengan en cuenta... que sepan escucharte... que pregunten cómo estás pero que no sea una simple formalidad... que tengas un gesto de afecto... pero que no sea para terminar en una cama únicamente... que las palabras que expresen sentimientos y que salgan de tu boca... sean sentidas y no una herramienta para otro fin..."

Entonces volviendo al ejemplo, sin el recipiente, el líquido lentamente se esparce y pierde el calor, y lo que sigue es simple de suponer.

Cristine, cuando termina de decirlo, se queda mirándolo fijamente con los ojos muy abiertos.

Eduard, baja la mirada y con una voz tenue le dice:

—Está bien Cris, voy a tomar nota, y voy a reflexionar sobre el asunto.

—Eduard, mira que no te lo dije como una maestra a su alumno. Y lo de tomar nota es que te sirva para que lo analices con una mirada constructiva desde adentro de la pareja.

—Quédate tranquila Cris, que así lo voy a hacer ¿ahora podemos hablar de otro tema?

—Desde ya. ¿Me quieres decir algo en particular?

—Sí, te quiero invitar a pasar un día entero en *Drei Schwestern* (las tres hermanas), que son un grupo de tres montañas que se encuentra situado en *Liechtenstein*, una de las cuales es el punto de máxima altitud de ese país, en el *Grauspitz*. También constituye la frontera natural entre *Liechtenstein* y *Austria*. No sé si alguna vez fuiste.

—No, me han comentado que tiene unas vistas hermosas, que hay distintos senderos para escalar. ¿Y tienes alguna idea de cómo ir?

—Sí, fui una vez en automóvil, y son aproximadamente unos sesenta y seis kilómetros hasta la base, y a partir de allí se hace el ascenso caminando, todo está bien señalizado, y en la medida que avanzas, además de informarte sobre cada lugar, también está señalizado correctamente el nivel de dificultad, por lo que no deberíamos tener ningún problema.

—¿Cuánto nos lleva llegar hasta el lugar?

—Aproximadamente entre una hora y media a dos.

—¿Pero vos considerarás que vale la pena que pasemos un día entero en este lugar?

—*Cristine*, sí pienso que sí, pues es un lugar de una inmensa belleza, donde sentís que el cuerpo y el alma están en comunión con el paisaje que te rodea. Además, podríamos hacer una parada en alguna parte del recorrido, y estando rodeados por un entorno donde el único sonido es el viento, podamos conversar tranquilos sobre nuestra relación. No sé si te parece bien.

—Si esta es tu verdadera intención, me parece una buena idea. Porque esta es tu verdadera intención ¿no?

—Sí, *Cris*, es así, necesito que limemos las asperezas que hoy envuelven a nuestra pareja.

—¿Y qué debemos tener en cuenta para ese día? Te lo digo con respecto a cómo deberíamos ir vestidos, qué llevar para el ascenso, etcétera.

—No te preocupes, ya realicé una lista de lo que cada mochila debe llevar, pero te adelanto para que tengas una idea aproximada, con respecto a la ropa y calzado. Vas a tener que preparar un equipo de pantalón y remera, una demás por si necesitas cambiártela, un abrigo liviano, dos pares de medias aparte del que lleves puesto, unas zapatillas tipo trekking, bastante líquido, algún comestible pero envasado, elementos básicos de primeros auxilios, y algunas cosas más, pero no quiero aturdirte en este momento.

También es muy importante el tiempo, no debería llover y si está despejado mejor. Según lo que pude averiguar tendremos un día con buena temperatura y poca nubosidad.

—Veo que lo tenías bastante estudiado, no estaba para decirte que no.

—Cris, si no quieres ir no vamos, lo que pasa es que no me gusta la improvisación.

—Entonces, vamos.

—Sí, igual en la semana nos hablamos para coordinar todo. ¿Te parece bien?

—Sí Cris, espero tu llamado, ahh... toma la lista que preparé, la vas a necesitar, y si tienes alguna duda lo conversamos.

—Eduard, se me hace tarde, me tengo que ir.

—De acuerdo, yo también me tengo que ir.

—Anda, yo me quedo para pagarle al mozo.

Cris, se levanta de la silla, le da un beso a Eduard, y se retira del lugar. Eduard se queda un rato más sentado reflexionando sobre lo conversado.

Viernes, 3 de octubre de 1980

—*Rin... rin... rin... hola, sí ¿quién habla?*

—*Hola Eduard, habla Cristine.*

—*Hola Cris ¿cómo estás? ¿Cómo te fue esta semana en el trabajo?*

—*Bien, con mucho trabajo, mira te llamaba porque estuve pensando en lo que me dijiste sobre la excursión en la montaña de las tres hermanas, y tal vez tengas razón, si te parece mañana podríamos ir.*

—*Sí Cris, si tienes tiempo en preparar lo que te dejé anotado, ningún problema, yo lo mío lo preparo en un rato, y le pido a mi padre que me preste el vehículo, lo único coordinemos a qué hora te paso a buscar.*

—*No sé, déjame pensar, entre que me levanto, me visto, desayuno, me arreglo, y más o menos a las nueve. ¿Te parece bien?*

—*Sí, está bien, total no creo que podamos ascender hasta la parte más alta de uno de los picos.*

—*¿Y de qué altura estás hablando?*

—*Y aproximadamente unos dos mil metros, la idea es pasar un día al aire libre y disfrutar del paisaje.*

—*Entonces a las nueve.*

—*Sí, besos y a esa hora estaré.*

Sábado, 4 de octubre de 1980

Cristine y Eduard después de un poco más de dos horas de viaje llegan finalmente a la base de la montaña, y parados en una calle que se llamaba Dorfstrasse deciden emprender la caminata teniendo por delante como recorrido aproximadamente unos seis kilómetros con distintos grados de dificultad.

Después de unos minutos empiezan a aparecer unos carteles que indicaban las distintas alternativas de ascensos. Ambos con mochilas al hombro toman un sendero de tierra rodeado de un inmenso bosque. En la medida que avanzaban, el bosque se cerraba más a la vista formando un manto de color verde profundo.

—*Cris, decime cuando quieras hacer una parada, para descansar.*

—*Sí Eduard, yo te digo cuando me sienta cansada, pero por ahora a este ritmo de caminata no me agito tanto.*

En la medida que avanzaban y tomaban altura, la vista que estaba a su alrededor era de una belleza inimaginable. En la pradera se formaban distintos mosaicos de color verde, acompañados por caminos y pequeñas cabañas de madera. Todo se parecía a una bella postal. Cuando ya habían alcanzado una altura importante notan que los senderos se empezaban a tornar cada vez más angostos e inclinados, con un piso de tierra color gris polvoriento y poco firme. Un cielo diáfano y de color celeste profundo que hacía como el telón de un escenario, permitía resaltar aún más las distintas tonalidades de las montañas.

—*¿Eduard, podremos encontrar más adelante algún lugar para hacer una parada, y poder descansar un poco?*

—*Cris... No tengo un registro tan claro de cómo continúa el camino, pues vine hace bastante tiempo.*

Si te parece continuemos un poco más, a ver si encontramos algún claro como para hacer una parada.

Unos metros más arriba finalmente encuentran una parte de la montaña como socavada, entonces deciden apoyarse sobre una inmensa piedra, se sacan las mochilas que tenían cargadas en sus hombros, las apoyan en el piso, se acomodan y respiran profundamente.

—¿Quieres un poco de agua Cris?

—No, gracias, acá tengo mi botella.

—¿Cansada?

—Un poco, este tipo de caminatas uno no la hace todos los días.

—¿Hermosa vista?

—Sí, es realmente bella.

—Uno cuando ve esta inmensidad y se da cuenta que la mirada se pierde en un punto del horizonte... donde parece que no tuviera fin... siento que ese protagonismo que creemos que tenemos los seres humanos... se desintegra frente a esto.

—Eduard, me alegra escuchar de vos una reflexión profunda, pero sí, es así tal cual lo decís. Los seres humanos armamos nuestras vidas y no siempre ocupamos nuestro tiempo correctamente, y a veces cuando lo hacemos, lo llenamos con cosas que solo nos dan una gratificación pasajera. Pareciera que no entendemos la importancia que tiene saber aprovechar cada instante de la vida.

Eduard la mira fijamente y se sonríe.

—¿Dije algo incoherente?

—No para nada Cris, pienso que tanta reflexión puede ser producto de justamente estar en un lugar así... en paz... donde prácticamente solo se escucha el sonido que produce la brisa del aire sobre nuestros cuerpos.

—Sí, seguramente mañana cada uno dentro de su vida, quedaremos sumergidos en la rutina, con las presiones, conflictos, etcétera, y esto será solo un recuerdo.

—Lamento tener que decirte que sí, porque esa es nuestra vida.

—Cris, te traje unos emparedados como a vos te gustan. ¿Qué te parece si comemos algo y después vemos exactamente en el mapa en qué parte del recorrido estamos?

—Sí, me parece bien.

—Ahora que me acuerdo... ¿cómo era eso que te alegraba escuchar de mí una reflexión... soy acaso un hombre de las cavernas?

—Jaaa, jaa, ja... No Eduard, me haces reír, lo que pasa es que sueles tener una mirada tan frontal de la vida, que cuando te escucho que expresas sentimientos profundos, veo en vos a una persona distinta. Es nada más que eso.

—¿Pero es bueno o malo?

—Eduard, como no va a ser bueno, es importante mostrar a la otra persona, qué siente y por qué se siente.

—Bueno mejor comamos y luego vemos que hacemos.

Después de haber comido, deciden ver cómo siguen.

—Cris, creo que estamos aquí en el mapa, y si no me equivoco es más o menos la mitad del recorrido, o sea estamos aproximadamente a mil cien metros de altura. Decime si quieres seguir un poco más o emprendemos el regreso.

—No Eduard, prefiero ir regresando, no me gusta la idea que nos alcance la noche en un lugar así.

—¿Te ayudo a colocarte la mochila?

—Sí, gracias.

—Cris, quédate tranquila que como vamos pendiente abajo, va a ser más rápido deshacer lo que ya hicimos.

Los dos realizan el regreso y después de más de una hora y media terminan pasando nuevamente por el bosque.

—Cris... ¿Quieres recorrerlo? Tiene lugares muy lindos.

—Está bien. ¿Pero lo conoces lo suficiente como para internarnos?

—Quédate tranquila, tengo un buen sentido de la orientación.

—¿Entonces confío en vos?

—Sí, Cris, sino realmente me vas a hacer sentir mal. Mira qué bello, como se filtra la luz entre la tupida vegetación, parecen destellos que aparecen y desaparecen, y el aroma de las distintas plantas mezclados con la humedad del ambiente generan un clima especial. Decime ¿todo esto no es maravilloso?

—Sí, es así Eduard, que paz, parece que todos los sentidos se potenciarán en un lugar así.

—¿Quieres jugar a algo?

—¿Jugar a qué? Estamos en un bosque.

—A que te tengo que encontrar. Yo me tapo los ojos, cuento hasta cien y vos te tenés que esconder, pero no podés hacerlo alejándote mucho.

—Decime ¿todo esto no es muy infantil?

—Cris, vamos a divertirnos, todavía hay suficiente luz y estamos cerca de donde comenzamos la caminata.

—Bueno está bien, pero vos te tapas los ojos y yo me escondo.

—Dale.

Eduard, apoya la cabeza en el tronco de un árbol, cierra sus ojos y empieza a contar. Cristine, sale corriendo en busca de un lugar seguro.

—*Noventa, noventa y uno, dos, tres... cien.*

En voz alta dice.

—*Bueno, terminé de contar, ya llegué a cien, empiezo a buscarte.*

Cristine se había colocado en un desnivel del terreno entre troncos y ramas caídas. Mientras tanto Eduard empieza a buscarla, pero el ruido que producían sus pisadas sobre el piso lleno de hojas y pequeñas ramas, lo delataba. Empieza a llamarla para ver si ella se ponía nerviosa y así terminaba revelando el lugar donde estaba escondida.

—*Cris, a ver ¿dónde estás? ya te estoy buscando, Cris, te voy a encontrar, a ver por acá, no, no está, Cris... humm detrás de este árbol tampoco, por lo que veo se escondió bastante bien.*

Cristine cuando observa que está por acercarse, decide en un descuido de Eduard salir corriendo para otro lugar. Él escucha un ruido y apresura su paso al ver que unas ramas de un árbol se mueven bruscamente.

—*Te tengo, ya sé por dónde estás, te voy a atrapar...*

Ella lo escucha, se pone nerviosa y sale corriendo. Eduard ve una silueta entre dos árboles y va hacia ella también corriendo.

—*Cris te vi, te vi, no corras porque te alcanzo, ya está te descubrí.*

Él empieza a correr más fuerte, y ella también, hasta que la alcanza y se tira sobre ella. Ambos se caen al piso revolcándose sobre un colchón de hojas.

—*Jaaa, jaa, ja, viste te encontré, te dije que te iba a encontrar.*

—*Ay Eduard me puse re nerviosa, el corazón me late como si hubiese corrido una maratón.*

—*¿A ver, déjame sentirlo?*

Entonces apoya su oído en el pecho de Cristine, estando arriba de ella.

—*Sí, es cierto, te late muy rápido.*

Vuelve a levantar la cabeza, se toma un tiempo, la mira a los ojos y acerca sus labios y la besa.

Ambos se abrazan fuertemente.

Él incorpora parte de su torso para poder levantarle parte de la vestimenta hasta dejarla de la cintura para arriba sin ropa.

Ella se da vuelta bruscamente como intercambiando la posición que él había adoptado.

Solo el ruido del viento sobre las ramas y las hojas más los pequeños destellos de luz que se filtraban entre la frondosa vegetación acompañaban el jadeo de ambos.

Después de un tiempo, ella desplaza su cuerpo hacia un costado, como desplomándose y con la respiración aun agitada, le dice:

—*Ahhh, ya me había olvidado de cómo era.*

—*¿Te sentís bien Cris?*

—*Sí.*

Ambos ya vestidos, se quedan acostados un rato, tomados de la mano mirando hacia arriba.

—*Cris mira qué hermoso es ver cómo las ramas más altas se mueven y se arquean como las piernas de una bailarina clásica.*

—*Sí tienes razón, que paz...*

De repente ella se levanta.

—*Eduard, ¿dónde dejamos las mochilas?*

—*Uyyy, tienes razón Cris, las habíamos puesto arriba de una piedra muy grande.*

—*¿Y para dónde era?*

—*Lo que pasa es que empecé a perseguirte, y me olvidé de ellas.*

—*Eduard, tenemos que encontrarlas.*

—Sí, déjame pensar. Supongo que era en esa dirección.

—¡Por favor Eduard, debemos encontrarlas antes que se haga de noche! ¿Las llaves del vehículo las tienes vos?

Él muy nervioso y angustiado empieza a buscar, hasta que las encuentra en el bolsillo derecho del jean.

—Ay, menos mal acá están.

Cristine, ya más tranquila respira aliviada.

—Ahora busquemos las mochilas. Detente un minuto. ¿Dónde está el camino de retorno? ¿Sabes cómo volver?

—Cris, no me pongas más nervioso, vos creés que tengo en mi cabeza un mapa el bosque. Por favor, debemos tranquilizarnos y concentrarnos para ver cómo solucionamos esta situación.

Ella entra en pánico y empieza a gritar.

—¡Auxilio por favor estamos perdidos, alguien nos escucha, auxilio, auxilio!

—Cris, no grites, no ves que no hay nadie que nos pueda escuchar.

—Sí te entiendo, pero no quiero pasar la noche en el bosque y si eso ocurre yo creo que me muero de miedo.

—Por favor tranquilízate y te pido nuevamente que me dejes pensar.

—Bueno, tienes solo cinco minutos.

—Gracias... déjame ver... cuando te empecé a perseguir, nosotros estábamos detrás de un claro o una parte más abierta del bosque.

Él gira su cabeza en distintas direcciones, tratando de darse cuenta cuán lejos estaban del punto de origen.

—Cris, creo que era en esa dirección.

—¿Estás seguro?

Él la mira, frunce los labios y le dice.

—*Casi en un cien por ciento.*

—*Entonces vamos ya.*

Con pasos presurosos, recorren el camino hacia donde Eduard había señalado. Ella para su andar y le pregunta.

—*¿Y las mochilas?*

—*No creo que podamos resolver ambas cosas. Es una cosa o la otra y sino corremos el riesgo de no poder solucionar ninguna de las dos.*

—*Yo te mato, en la mochila había ropa nueva que había comprado para esta ocasión.*

—*Te prometo Cris, que te compro nuevamente todo lo que perdiste. Y sino regresemos mañana con luz.*

—*¡Yo acá no vuelvo más!*

—*¿Entonces qué quieres hacer?*

—*Volvamos mientras podamos, el sol ya no tiene la misma intensidad.*

A esta altura de los acontecimientos, a los dos la libido les había quedado en el olvido.

—*Mira Cris, me parece que estamos en la dirección correcta, veo que detrás de esa vegetación está el camino que nos trajo al bosque.*

—*Apresura el paso, y salgamos de aquí.*

Finalmente, la vegetación se disipa y aparece el camino de salida.

—*Eduard, vamos hacia el vehículo y regresemos ya.*

—*¿No estarás disgustada conmigo?*

—*Decime cómo quieres que esté, porque si piensas que lo que acabamos de pasar me hizo sentir bien, estás totalmente equivocado.*

—*Pero Cris, por favor, esto le puede pasar a cualquiera, solo nos perdimos.*

—*Decime Eduard. ¿Por qué siempre tienen que terminar mal nuestras salidas, me podés explicar?*

—*Mal no, no terminan como vos deseas.*

—Ahí está el vehículo, subámonos que todavía tenemos por lo menos dos horas de viaje, para llegar a mi casa.

—Por favor no discutamos, pues necesito manejar tranquilo.

—Está bien, te prometo quedarme callada hasta que me dejes en mi casa. ¿Te parece bien?

—Cris tampoco te pedí eso, solo que me parece prudente por nuestra seguridad, no estar discutiendo mientras yo manejo.

—Por eso me voy a quedar callada.

—Bueno Cris, hacé lo que quieras.

—Eso mismo voy a hacer y final de la conversación.

Eduard, le abre la puerta del vehículo, luego ya sentado al volante la mira de costado como fastidiado, porque consideraba injusto cargar con todo el reproche.

Después de un viaje de un poco menos de dos horas, él finalmente para el vehículo en la puerta de la casa de ella.

—Cris, decime ¿cómo seguimos?

Ella gira su cuerpo y estando muy ofuscada de dice:

—¿Me preguntaste cómo seguimos?

—Sí, eso mismo te pregunté.

—¡Bueno, no seguimos!

—Perdón, cómo no seguimos.

—Sí, no seguimos... ¡acá terminamos!

—Pero Cris. ¿Qué pasó?

—Deberías preguntarte qué nos pasa, que siempre ocurre algo que termina arruinando los buenos momentos.

—No puede ser que las cosas siempre las coloques en una situación tan extrema, nunca ves los grises, o es blanco o negro, y así es imposible tener una relación estable con vos.

—Justamente, va a ser imposible seguir manteniendo una relación de pareja, adiós... y no me llames.

—Pero Cris, ¡Crisss...! —Mientras se lo decía ella ingresaba rápidamente a su casa.

Miércoles, 15 de octubre de 1980

Ya habían pasado once días desde la última vez que se había visto con Eduard, y Cristine no soportaba estar encerrada en su casa, una sensación de angustia invadía su cuerpo. Decide dirigirse a la escuela unas horas antes del horario que dictaba clases.

Aún persistía en su mente el recuerdo amargo de cómo había terminado la relación con Eduard. Pero una voz en su interior le decía si no había actuado con demasiada dureza. Cristine que estaba hecha de una templanza especial, no se permitía cuestionarse demasiado las cosas y ante una situación de dolor, prefería dar vuelta la página, dejando atrás todo sentimiento de culpa.

—Hola Cristine, ¿cómo estás?

—Hola, Jasmín, hacía varias semanas que no te veía.

—Estuve de licencia, cuando quieras nos vemos para tomar un café, y de paso me cuentas como va tu relación con Eduard.

—Mira, ahora estamos en un impasse.

—No te entiendo.

—Te lo digo de otra forma. No nos estamos viendo. Pero cuando nos veamos la próxima vez, te comento con más detalle.

—Cuando lo desees me puedes llamar, total ya conoces qué días trabajo y cuáles son mis horarios.

—Sí está bien, yo me encargo de avisarte.

—Besos.

Cristine ingresa al colegio, pero para llegar al aula debía recorrer un largo pasillo.

Al haber llegado con bastante tiempo de antelación, decide dirigirse a la sala de profesores.

Mientras iba caminando por el pasillo distraída, pasa al lado de ella la Jefa de Profesores acompañada

por un hombre bastante alto. Gira su cuerpo y la saluda a Cristine.

—*Buen día Cristine. ¿Cómo estás?*

—*Bien gracias. ¿Y usted?*

—*Ahora un poco apurada, pero muy bien también, después nos vemos en la sala de profesores.*

Cristine observa que ingresan a un aula que estaba unos metros más adelante.

Mientras seguía caminando un ataque de curiosidad domina a Cristine haciendo que se pare frente al aula. Decide retroceder y quedarse escuchando.

Unos segundos más tarde aparece una amiga de Cristine por detrás de ella, y le dice:

—*Hola Cris.*

—*Hola ¿cómo estás, tanto tiempo?*

—*Bien, bien, gracias a Dios.*

—*Ah... me alegra mucho.*

—*¿Y qué haces parada acá?*

—*Nada en particular, solo sentí curiosidad.*

—*Mmm... ¿curiosidad de qué? ah... sí, veo que estás viendo al profesor que está dentro del aula.*

—*Sí, en realidad no me acuerdo haberlo visto antes en el colegio.*

—*Veo que no estás actualizada.*

—*¿Y de qué tengo que estarlo?*

—*Este profesor está por un intercambio entre instituciones educativas, entre Liechtenstein y nuestro país.*

—*Shhh... a ver, quedémonos calladas un minuto, quiero oír qué dicen.*

Habiendo quedado parcialmente la puerta abierta del aula, las dos se ponen a escuchar:

—*Buenos días alumnos.*

—*Buenos días Jefa de profesores.*

—*Pueden sentarse.*

Después de que todos se acomodan en sus pupitres, la Jefa de Profesores, retoma la palabra.

—Alumnos, como ya les había comentado la semana anterior, nuestro país ha tomado la decisión de realizar un intercambio de docentes, entre distintas instituciones educacionales con nuestro vecino país de Liechtenstein. Y para ello hoy tenemos el agrado de contar con el Profesor de Matemáticas, el Señor Alexander Nietsser, que a pesar de su corta edad, ya ha recibido menciones por su trabajo de investigación sobre la relación de la mente con las matemáticas. Por lo que espero de ustedes es que sepan apreciar lo valioso que es contar hoy con su presencia.

Alumnado sin más que decir, me retiro y los dejo con el profesor Alexander Nietsser.

Toma la palabra Alexander.

—Le agradezco a la señora Jefa de Profesores, pero quiero decirle ante todo que yo soy el que está muy agradecido por estar frente a ustedes, y poder contarles algo que para mí es la pasión de mi vida, “las matemáticas”.

—Yo sé que algunos de ustedes deben estar pensando... este profesor tiene como pasión algo tan aburrido como esta ciencia... pero en la medida que crezcan y si en algún momento de su vida deciden estudiar una carrera... el día que se reciban... si realmente decidieron estudiar algo que realmente les gustó... también van a sentir con mucha intensidad la profesión que hayan elegido... Es por ello que no pretendo que ustedes le den la importancia que yo le puedo dar a esta capacitación, pero sí me agradaría que aunque sea sirva por un instante, para que puedan abrir sus mentes y que ello les permita reflexionar sobre el tema que vamos a tratar.

Mientras tanto Cristine se encontraba parada en el pasillo junto a su amiga, casi petrificada y muy atenta

a lo que decía este profesor. En un momento determinado, Alexander se percató de la presencia de ambas mujeres paradas en el pasillo y decide salir del aula.

—Alumnos un minuto por favor, ya vengo.

—Perdón, buenas tardes señoritas, me parece que he sido inoportuno en dejar la puerta abierta del aula, veo que el timbre de mi voz pudo haberlas molestado.

Cristine se adelanta a contestarle y le dice:

—No, para nada, solo estaba escuchando atentamente lo que le transmitía al alumnado.

Entonces ve que este profesor se acerca a Cristine y mirándola solo a ella le dice:

—Perdón nuevamente, creo que he sido descortés, me presento, me llamo Alexander Nietsser, profesor de matemáticas ¿Y usted?

Para ese momento la amiga percibe que la atención del profesor estaba puesta solo en Cristine, la saluda y se retira rápidamente.

—Cristine Lorenz, profesora de historia contemporánea.

—Ahh, que interesante.

—Creo que es más interesante lo suyo, pues no me acuerdo haber visto a mis alumnos tan atentos y quietos en sus pupitres.

—Debe ser pura casualidad.

—No lo creo.

—Usted pensará que puedo ser impertinente en pedirle si me puede acompañar, sería de mi agrado tenerla entre el alumnado, y de esta manera estaría más cómoda escuchando la clase. ¿Salvo que tenga algo que hacer?

—No en este momento, estaba haciendo tiempo.

Cristine antes de contestarle gira su cabeza para un lado y otro, y al ver que no había nadie en el pasillo que la viera le contesta:

—Está bien, un rato me puedo quedar.

Él deja que pase ella primero al aula y después ingresa él.

—*Alumnos, por favor un minuto de silencio, tenemos la grata compañía de contar con la profesora Cristine Lorenz que nos va a acompañar. No sé si ustedes la conocen, pero como corresponde, salúdenla.*

El alumnado casi al unísono la saluda.

—*Sí, sí, buenas tardes señorita Cristine.*

—*Buenas tardes alumnos, por favor siéntense. Profesor por favor siga con la clase, mi idea no era entorpecerlo.*

—*No por favor, todo lo contrario.*

Ella se sienta en el fondo del aula en un extremo, en un banco que estaba desocupado.

—*Ahora sí, retomemos la charla, a ver dónde estábamos, aahhh sí... Cuando hablamos de una ciencia como las matemáticas, si la tuviéramos que relacionar o identificar ¿Con qué lo haríamos?*

—*Alumnos ¿quién quiere contestar?*

Uno de los alumnos levanta la mano.

—*Sí, lo escucho.*

—*No sé, supongo que con los números.*

—*Muy bien, exactamente, jamás podríamos disociar a esta ciencia de los números, pues no podríamos explicar ni demostrar muchas de las cosas que trata la misma. Es por ello que, haciendo un poco de historia, hoy les traigo un tema para que lo podamos abordar entre todos y con ello intentemos sacar alguna conclusión. Independientemente les traje un resumen de lo que voy a exponer.*

Si alguien quiere tomar nota háganlo, y si quieren realizar alguna consulta, levanten la mano sin ningún problema. Así les puedo sacar las dudas que tengan.

—*Listo... bueno, entonces arranquemos.*

—*En el año aproximadamente 1954, en pleno auge de Piaget, Tobías Dantzig escribió:*

“El ser humano, aún en sus estados primarios de desarrollo, tiene una facultad por la cual, para llamarlo de alguna manera, posee “sentido numérico”.

“Esta facultad le permite reconocer que algo ha cambiado en una colección pequeña cuando, sin su conocimiento directo, un objeto ha sido eliminado o agregado a la colección”.

Este punto de vista proclama la existencia de facultades cognoscitivas innatas en el cerebro humano, y con ello lo que les estoy tratando de decir, es que ya están incorporadas en el ser humano antes de nacer. Esta línea de pensamiento hace que esta teoría se encuentre en abierta contradicción con la tesis sustentada por Piaget.

Él afirmaba que el cerebro humano partiendo de cero, construye todas sus estructuras cognoscitivas por medio de un proceso dialéctico de interacción con el mundo circundante. De acuerdo con esta teoría, el concepto de número no comienza a formarse en el cerebro del niño antes de los cuatro o cinco años.

Ahora preguntémosnos cuál de estas dos tesis para ustedes se ajusta más a la realidad. La que el ser humano posee ciertas facultades numéricas que se encuentran genéticamente impresas en nuestro cerebro, por ejemplo, cuando distinguimos los colores, siendo el resultado de un proceso evolutivo de adaptación por selección natural. O la de Piaget que considera que el concepto de número y su aprendizaje va ligado al desarrollo de la lógica en el niño o niña. Decimos que el desarrollo de la lógica va ligado a la capacidad de realizar clasificaciones y seriaciones con los objetos del entorno, como por ejemplo cuando agrupamos determinado número de objetos o los ordenamos en serie.

Un alumno levanta la mano.

—Sí, ¿tú nombre?

—Me llamo Marcos.

—Sí decime, ¿qué me quieres preguntar?

—Sí, con respecto a la teoría de Tobías Dantzig. ¿Usted podría explicitar con algún ejemplo, por qué me fue más fácil entender a Piaget que a Dantzig?

—A ver, para Tobías Dantzig, el sentido numérico es el punto de partida para la construcción de un órgano cerebral, dedicado a la representación aproximada y geométrica de los conceptos numéricos. Desde ya todo esto sirve de base intuitiva para la adquisición y manipulación de las nociones aritméticas elementales.

—¿Ahora has entendido algo más?

—Sí, algo más profesor.

Desde el fondo del aula, Cristine levanta su mano y le dice:

—¿Perdón, me gustaría saber qué piensa usted sobre ambas teorías?

Alexander que no esperaba esa pregunta, se toma un tiempo para contestarle, mira por unos segundos hacia el piso del aula, levanta nuevamente su cabeza y antes de responderle la mira fijamente.

—A ver, que pienso yo.... Bueno, en lo que respecta a mi opinión, actualmente estoy elaborando mi propia tesis, yo estoy convencido de que ambas coexisten entre sí, y con ello lo que trato de decir, que no es una u otra, sino una y otra, como un proceso propio de lo que traemos en forma innata y que en la etapa inicial del aprendizaje, nos encargamos a través de la enseñanza, a entender y desarrollar lo que ya tenemos im-
preso en nuestro cerebro.

Para explicitarlo de otra forma, hoy el ser humano actual posee una evolución determinada que hace que digamos, que desde su formación más primaria posee un nivel de inteligencia determinada. Esa inteligencia que por momentos la sentimos como algo abstracto,

no es otra cosa que, desde un punto de vista elemental, la capacidad de comprender y resolver cualquier interrogante ya sea por estímulo propio o porque socialmente le sea impuesto.

Ahora bien, cuando yo hablo de que el sentido numérico ya está predeterminado antes de nacer, lo que trato de decir, que pensar lo contrario, sería por ejemplo, no aceptar la complejidad y capacidad de nuestro cerebro, para interpretar muchas veces a través de la simple observación de algo y sin ningún concepto previo, la respuesta a algo nuevo, y que luego lo llamamos simplemente un invento. Seguramente un niño en su etapa inicial de la vida, entiende y sabe distinguir que, cuando observa sus propias manos, ve por un lado que son iguales, pero que no es solo un objeto, sino más de uno, y que en una etapa de aprendizaje, los adultos le enseñamos que cuando agrupamos una más otra mano, la llamamos dos.

Qué estoy tratando de decir con ello, que el sentido primario y abstracto del sentido numérico está en la esencia misma de nuestro cerebro, en su funcionamiento, en su química, en la transmisión de los impulsos eléctricos entre las neuronas, para lo cual estoy totalmente convencido de que lo que hacemos es extrapolar algo que ya está preconcebido y que en la medida que evolucionamos, lo que vamos haciendo es enriquecer y perfeccionar ese conocimiento. De ahí que considero que se le debería dar un lugar más importante a la neurociencia en la investigación e interpretación de este tema, y para mí no hacerlo sería cometer un grave error.

Por último y para no agobiarlos, los números fueron creados por el ser humano, primero como parte de nuestra evolución, segundo como una herramienta necesaria para el desarrollo de nuestra vida cotidiana, tercero como parte para la creación de una ciencia

como las matemáticas, ciencia que convive hoy en todos los órdenes de la vida, y que gracias a ella ha enriquecido a todas las demás ciencias, pues las matemáticas por cualquier lado que queramos verla son parte de nuestra vida.

Desde el fondo del aula se escucha un caluroso aplauso. Los alumnos se dan vuelta y la ven a la profesora parada y aplaudiendo.

—Ay, perdón qué vergüenza, disculpen me pareció muy interesante el tema y me entusiasmé.

Él, la mira y se sonríe.

—Bueno me alegra que así haya sido. Y a ustedes ¿qué les pareció?

—Sí, a nosotros también profesor... sí a mí también...

—Entonces hagamos un descanso de unos minutos mientras despido a la profesora, pues supongo que ella debe tener que seguir con sus actividades.

Cristine, camina hacia la puerta del aula para retirarse y agradecerle al profesor, pero cuando lo hace, él le abre la puerta y le dice:

—¿La acompaño? Quisiera despedirme fuera del aula,

Él, la toma de la mano para saludarla y sin soltarla le dice:

—Me fue muy grato contar con su presencia.

—Ay muchas gracias por el cumplido.

—No, para nada.

—Veo que no le pareció aburrida la charla.

—Bueno, en realidad más allá de lo interesante del tema, quedé por un momento sorprendida con la fuerza y la pasión que exponía.

—Sí, a veces siento como si fuera parte de mi vida.

—Perdón, pero tengo que retornar al aula ¿Usted dicta clases habitualmente en esta institución?

—Sí.

—Qué bueno, entonces como yo me debo quedar un mes antes de retornar a mi país, que le parece y si no lo toma como un atrevimiento de mi parte, nos encontramos y la invito a tomar algo, así me cuenta algo sobre su cátedra e intercambiamos experiencias.

Ella lo mira fijamente, esboza una sonrisa casi imperceptible, y con una sensación de una profunda paz interior, le contesta:

—Está bien... sí podría ser...

—Entonces que le parece si mañana...